

Bianca®

Boda por escándalo

Melanie Milburne

Melanie Milburne

Boda por escándalo

La cama equivocada… un escándalo y una esposa poco convencida

Jasmine no esperaba despertar junto a Connor Harrowsmith, el padrino de la boda de su hermana. Resultó que había cometido un sencillo error y entre ellos no había sucedido nada…

Pero eso no fue lo que creyeron los periodistas que la vieron salir de su habitación a medio vestir.

Desde ese momento, Connor no dejó de insistir en que se casaran, y Jasmine sabía que debía aceptar si no quería que su familia la desheredara. Pero Connor deseaba algo más que un matrimonio de conveniencia.

Capítulo 1

AMANECÍA cuando Jasmine se despertó en la habitación del hotel. La boda había salido a la perfección. Su hermana Sam estaba radiante y Finn, su marido, parecía el hombre más orgulloso del mundo.

Su padre, lleno de satisfacción por celebrar el matrimonio de otra de sus cuatro hijas, había dado un sermón impactante desde el pulpito de la catedral de Sidney en la que ejercía de obispo.

Y su madre había interpretado a la perfección el papel de emocionada madre—de—la—novia.

Era una lástima que el hermanastro de Finn, Connor Harrowsmith, hubiera ejercido de padrino, pero se había comportado relativamente bien e incluso había dedicado un sincero cumplido a las damas de honor. Al menos hasta que posó su irónica mirada sobre ella. Pero Jasmine le había sonreído. No quería que nada ni nadie estropeara el día a su hermana.

Odiaba a Connor y él lo sabía. Era evidente porque no paraba de mirarla con expresión cínica. Parecía querer mandarle un mensaje silencioso: tres veces dama de honor; ninguna de ellas novia.

Jasmine alargó una pierna y se quedó paralizada al tocar otro cuerpo. Contuvo el aliento. Si encendía la luz para ver quién era podía despertarlo. Se deslizó hacia el borde. La habitación estaba sumida en la oscuridad. Podía oír la respiración rítmica y el roce del cuerpo del desconocido contra las sábanas. Alargó la mano y encendió la lámpara de golpe. —¡Dios mío! —exclamó—. ¡Tú!

Miró espantada a Connor Harrowsmith. Las sábanas lo envolvían, pero no podían ocultar la silueta musculosa de su cuerpo.

—Hola, Jasmine —dijo él con voz soñolienta—. ¿Has dormido

bien?

Ella se cubrió con el albornoz del hotel. Llevaba una maravillosa ropa interior, pero no estaba dispuesta a que Connor tuviera el privilegio de verla. —¡Sal de mi habitación!

Él se giró hacia ella con expresión maliciosa. Su torso varonil de músculos marcados quedó al descubierto.

—¿«Tu» habitación?

—Si no te marchas llamaré a seguridad —Jasmine miró hacia donde había dejado la maleta, pero no la vio—. ¿Dónde están mis cosas?

—En tu habitación —dijo él. Y al estirarse, las sábanas se ciñeron en torno a su pelvis.

Jasmine apartó la vista y se lanzó al cuarto de baño. Allí no estaban sus cosméticos, sino una cuchilla de afeitar, un aftershave y un cepillo de hombre.

Salió a grandes zancadas y al ver a Connor sentado en la cama y apoyado indolentemente en las almohadas su furia se disparó.

—¡Me has quitado las cosas! —dijo, acusadora. Y fue hasta la mesilla para usar el teléfono—.

Voy a llamar a recepción para que…

Una mano grande y poderosa se cerró sobre su muñeca.

—Si fuera tú, no lo haría —le advirtió él, mirándola fijamente.

—Suéltame.

—Harías el ridículo cuando comprobaran que eres tú quien se ha equivocado de habitación

—No me he equivocado. Anoche entré con mi llave.

—La puerta estaba abierta. Vine por una cosa para Finn y se me olvidó cerrarla al salir.

—No te creo.

Connor se encogió de hombros y le soltó la mano. Ella se la frotó, no tanto porque le doliera como para librarse de la sensación de sus cálidos dedos.

—Compruébalo por ti misma —le retó él—. Abre la puerta y mira el número de la habitación.

Jasmine fue hacia la puerta con fingido aplomo. Empezaba a temer que Connor hablara en serio. Abrió la puerta y palideció. No era su habitación.

—De acuerdo —dijo, ruborizada—. Aunque yo me equivocara,

no comprendo cómo te metiste en la cama sin decírmelo.

—No quería despertarte.

Jasmine lo miró con ojos centelleantes.

—¡No tenías derecho a aprovecharte de la situación!

Connor entrelazó los dedos detrás de la nuca y el tamaño de sus bíceps dejó a Jasmine boquiabierta.

—¿Qué te hace pensar que me aprovechara de la situación? —dijo él, recorriéndola de arriba abajo con una insinuante mirada.

Jasmine no supo qué pensar. Puesto que no recordaba nada, Connor podía haberla tocado, o besado, o quizá le había acariciado los senos o…

—¿Sabes que roncas? —Connor cortó sus escabrosos pensamientos y la miró con ojos brillantes. La encontraba irresistible, con los rizos castaños cayendo sobre sus hombros alborotadamente y sus ojos azul grisáceos lanzando fuego—. Tranquila, Jasmine —dijo en tono conciliador—. Conmigo estás a salvo. —Nadie está a salvo a tu lado —dijo ella. Connor rió y echó a un lado las sábanas. —¿Qué haces? —preguntó ella, alarmada. —Levantarme —Connor salió de la cama.

Jasmine se dio la vuelta para no verlo desnudo. Sentía calor en las mejillas y el cuerpo le temblaba como si le hubieran aplicado comente. —¡Tápate! —demandó.

—Me has quitado el albornoz —dijo él en tono indiferente.

Jasmine decidió devolvérselo pero, si lo hacía, no tendría con qué taparse.

—No tengo nada que ponerme. Connor sonrió al tiempo que se agachaba. Jasmine oyó el roce de tela y, con el rabillo del ojo, vio que le lanzaba su vestido de dama de honor. —Póntelo. Me volveré para no verte —dijo él. Jasmine sintió sus ojos fijos en ella cuando se quitó el albornoz. Se puso el vestido y le pasó el albornoz sin volverse.

—Ya puedes mirar —dijo él.

Jasmine se dio la vuelta y sus miradas se encontraron

—Tengo que irme —dijo y se precipitó hacia la puerta.

—Te olvidas de algo —dijo Connor cuando ya tenía la mano en el picaporte.

—¿Qué? —ella miró por encima del hombro. Connor sostenía en el aire un par de sandalias—.

Gracias.

Jasmine fue por ellas, pero cuando iba a tomarlas, él le sujetó la mano y la miró a los ojos.

—Me ha encantado dormir contigo —acarició el interior de su muñeca con movimientos sensuales.

—Espero no haberte importunado —dijo ella, haciendo un esfuerzo para aparentar naturalidad. Los ojos de Connor la quemaban.

—Sí me has importunado —dijo él, tirando de ella—. Y mucho.

Jasmine se encontró pegada a él y notó contra su vientre su miembro endurecido. Abrió los ojos desorbitadamente.

—Por favor —dijo jadeante—. Suéltame.

—Anoche no decías lo mismo.

—¿Qué quieres decir? —preguntó, alarmada.

Connor la miró impertérrito.

—Interpretaste un papel muy seductor.

—No te creo. Sólo lo dices para torturarme.

—¿Por qué iba a querer hacer eso?

—Porque eres un arrogante y crees que todas las mujeres caen rendidas a tus pies.

—Como análisis de mi personalidad no está mal, pero es incorrecto.

—¿Estás seguro? —Jasmine lo miró con sorna.

—Lees demasiadas revistas del corazón. ¿No sabes que se lo inventan todo?

—Todo lo que haces sale en las revistas. Te gusta escandalizar sólo para molestar a tu padrastro.

Connor la miró con dureza y le apretó el brazo.

—Que tu hermana le haya echado el lazo a mi hermano no te da derecho a hablar sobre mi familia.

—Digo lo que me da la gana —dijo ella, desafiante.

—Entonces tendrás que pagar.

—¿Pagar? —repitió Jasmine con desconfianza.

—Todo tiene un precio —dijo él, antes de inclinar la cabeza y capturar su boca entre sus labios.

Jasmine sabía que debía resistirse, pero no consiguió que su cuerpo respondiera a las órdenes de su cerebro.

La lengua de Connor le entreabrió los labios y buscó la de ella.

Jasmine se sintió como hierro candente. Él la sujetó con fuerza, haciéndole sentir la firmeza de su miembro contra su ingle.

El beso se prolongó y Jasmine sintió que el deseo despertaba en su interior.

Connor alzó la cabeza y ella abrió los ojos.

—No deberías haberlo hecho —dijo.

—Ni tú —dijo él, con una indescifrable emoción en la mirada.

—Yo no he hecho nada.

—Claro que sí —Connor sonrió con malicia—. Me has devuelto el beso.

Jasmine sabía que no podía defenderse.

—Me has pillado por sorpresa.

—Procuraré no olvidarlo.

Jasmine se separó de él bruscamente. No le importaba estar descalza. Abrió la puerta y salió al pasillo. Apenas había dado un paso cuando el flash de una cámara la cegó.

—¿Qué es…? —se llevó las manos a la cara. El flash se disparó varias veces más.

Jasmine pasó por el lado del fotógrafo y, entrando a toda velocidad en su habitación, cerró de un portazo. Respiró profundamente y se quedó apoyada en la puerta.

Estaba segura de que Connor había convocado a la prensa. Sólo imaginar cómo reaccionaría su padre ante la última aventura de su hija le hizo estremecer. Su madre se refugiaría en su dormitorio aduciendo una espantosa jaqueca. Sus tres hermanas sacudirían la cabeza y buscarían apoyo en sus fantásticos maridos para poder superar aquella nueva desilusión.

Empezó a arrojar cosas en su maleta con la violencia que hubiera querido descargar sobre Connor Harrowsmith. Lo odiaba. Desde el primer día parecía decidido a contribuir a la mala fama que ya tenía y que tanto daño había causado a la moral de su familia.

¿Y qué importaba que no fuera lo que ellos consideraban una virgen? Tampoco lo debían ser sus hermanas al ir al altar, pero de eso sus padres no habían dicho nada.

Hiciera lo que hiciera, nunca estaban contentos con ella. Su comportamiento no encajaba con su estricta idea de lo que era socialmente aceptable. Y que trabajara en un centro de

drogodependencia les resultaba inconcebible

Cerró la maleta de un golpe y se miró en el espejo que estaba encima de la cómoda.

No conseguía cumplir con el papel que le había correspondido como hija mayor del obispo Byrne. Las convenciones sociales no eran para ella y tampoco soportaba la adoración que sus hermanas y su madre sentían por su padre, ni la reverencia con la que escuchaban sus sermones.

En cuanto cumplió los dieciséis años, dejó de asistir a la iglesia. Y no conseguía comprender cómo sus padres, que tanto predicaban la tolerancia, la repudiaran porque sus creencias no coincidieran con las de ellos.

Jasmine recibió una llamada de una de sus hermanas antes de haber leído el periódico.

—¿Cómo has podido hacerlo? —gritó Caitlin al otro lado del teléfono. Jasmine se tensó—. ¿No crees que ya nos has hecho sufrir suficiente con tu romance con Roy Holden?

—No tuve ningún romance con…

—¿Cómo puedes haberte acostado con Connor? Finn siempre nos ha advertido que es un playboy.

—No me he acostado con…

—Por tu culpa, padre está como loco y madre tiene una jaqueca.

Jasmine dejó que su hermana se desfogara sin defenderse, pero su rabia hacia Connor fue en aumento

—¡Espero que Finn y Sam no hayan leído la prensa!

Jasmine no pudo más.

—Si están leyendo el periódico la segunda mañana de su luna de miel es que van a tener una relación muy aburrida.

Caitlin contuvo el aliento.

—¿Cómo te atreves a decir algo así? No tienes vergüenza. Al menos Finn tiene principios, no como su hermano.

Jasmine no pudo evitar salir en defensa de Connor.

—No es justo que lo juzgues cuando apenas lo conoces.

—Todo el mundo lo conoce. Cada minuto de su vida aparece reflejado en la prensa. Y tú has sido fotografiada saliendo medio desnuda de su dormitorio.

—No estaba medio desnuda —dijo Jasmine, con una calma que estaba lejos de sentir—. Sólo iba descalza.

—¡No puedo creer que actúes como si no pasara nada! Ya verás cuando padre hable contigo.

Ha amenazado con denunciar a Connor si no hace algo de inmediato para mitigar el escándalo.

—Yo no lo consideraría un escándalo.

—Permíteme que te recuerde que tu padre es un importante miembro de la cúpula eclesiástica.

—El escándalo es que la gente se meta donde no la llaman —replicó Jasmine—. Si no te importa, tengo trabajo que hacer. Adiós.

Colgó el teléfono furiosa. Todo era culpa de Connor

El teléfono sonó de nuevo y Jasmine se quedó mirándolo antes de decidirse a contestar.

Estaba segura de que no soportaría ni una charla de su madre ni un sermón de su padre. Respiró hondo y levantó el auricular.

—Si llamas para criticarme, colgaré —dijo. —No era ésa mi intención —dijo la voz de Connor.

Jasmine apretó el auricular hasta que los nudillos se le quedaron blancos.

—¿Has visto los periódicos? —preguntó. —¿Y tú?

—No, pero me han dicho que soy la protagonista de un nuevo escándalo y que tú eres mi cómplice.

—¡Cómo has podido caer tan bajo! —bromeó Connor.

—No tiene ninguna gracia. Tú tienes la culpa. —Tienes razón.

Jasmine pensó que sonaba más orgulloso que arrepentido.

—Mi padre está furioso. —Y mi padrastro. —Mi madre tiene jaqueca.

—Será de escuchar los sermones de tu padre

Jasmine abrió la boca para atacarlo, pero cambió de idea.

—Mis hermanas me van a retirar la palabra. –

Y qué. ¿Cuándo se han molestado en escucharte? A Jasmine le sorprendió que fuera tan intuitivo respecto a lo que sucedía en su familia, pero sintió la necesidad de defenderse.

—Mi familia es muy importante para mí.

—¡Qué admirable!

—No te rías.

—Aunque no te lo creas, estoy de tu parte.

—No te creo.

—No me extraña que tengas problemas con tu padre. No tienes

ninguna fe. —He dicho que no te rías. Connor dejó escapar una carcajada.

—Me río de la vida en general.

—¿Tu padrastro también te ha amenazado con desheredarte?

—Pero si no he hecho nada malo.

—Has dormido conmigo y por si no lo sabes, desvirgar a la hija de un obispo es un pecado capital.

— ¿Pero eres virgen?

Jasmine titubeó. Los periódicos habían sacado noticias sobre su «inadecuada relación con Roy Holden», y estaba segura de que Connor las había leído. Pero a la prensa le importaba más un titular escabroso que la verdad. Y eso lo sabía sólo ella.

—Según dicen por ahí soy una «chica de cascos ligeros» —citó uno de los artículos.

—Nunca hago caso de las habladurías. Prefiero descubrir la verdad por mí mismo.

Jasmine se estremeció al imaginarse a Connor inspeccionándola íntimamente.

—Tengo que seguir trabajando —dijo en tono cortante para ahuyentar aquellos pensamientos—. ¿Querías algo aparte de comentar las noticias?

Connor hizo una pausa antes de responder

—Tengo una solución para nuestro pequeño problema.

—¿Cuál?

—Casarnos.

Jasmine estuvo a punto de atragantarse.

—Necesitas un psiquiatra. Jamás me casaría contigo.

—Nunca digas «nunca», cariño.

Jasmine estaba perpleja.

—Mis padres jamás consentirían que nos casáramos.

—¿Estás segura?

—Absolutamente. Mi padre preferiría morir a verme casada contigo.

—Te equivocas. He hablado con él hace cinco minutos y él mismo me ha sugerido que nos casáramos lo antes posible.

Capítulo 2

JASMINE se mareó. —¡No puedes hablar en serio! ¡Apenas nos conocemos!

—No creas. Estamos emparentados por tu hermana y mi hermanastro. Y hemos pasado la noche juntos.

—Eso no es bastante. Aunque me casara, jamás lo haría contigo. Además, el matrimonio es una institución arcaica y machista.

—No creo que a tus hermanas les gustara conocer tu opinión.

—Me da igual.

Connor rió.

—Vamos, Jasmine, te prometo ser un buen marido.

—Ni siquiera conoces el significado de esa palabra.

—¿De cuál, de «marido» o de «bueno»?

—De ninguna de las dos.

—Será una ceremonia discreta.

—¡No voy a casarme contigo!

—Y no creo que tus padres quieran que vistas de blanco.

—¡No voy a…!

no tenemos por qué tener una luna de miel larga, aunque yo lo preferiría.

Jasmine colgó el teléfono enfurecida. Llegaba tarde a la clínica, pero antes de ir a trabajar debía intentar poner freno a aquel sinsentido.

Levantó el auricular y marcó el número de sus padres.

—Buenos días, el obispo Byrne al habla —respondió su padre en su habitual tono evangélico.

—Soy yo, padre, Jasmine —ella lo oyó suspirar.

—Esperaba tu llamada. Tu madre está destrozada. Has salido en todos los periódicos.

—No ha sido culpa mía, sino…

—No me digas que ha sido culpa del diablo —dijo él, impaciente —. Es la excusa que oigo cada día.

—Connor y yo apenas nos conocemos, y…

—Al menos está dispuesto a actuar como un caballero. Aun así, yo no puedo oficiar la misa.

Iría contra mis principios.

—No voy a casarme con él.

—Por supuesto que sí —su padre hizo una pausa—. O no volverás a vernos ni a tu madre ni a mí.

—Comprendo —dijo Jasmine, aunque le costaba aceptarlo.

—Eso espero, jovencita. Ya nos has causado bastantes disgustos. Esta mañana he tenido que hablar con el arzobispo y le he prometido que te casarás con el hermano de Finn el próximo mes.

—¿Tan pronto?

—Cuanto antes mejor. Puede que estés embarazada —Jasmine miró el auricular con perplejidad. Su padre continuó—. Quizá él te enseñe alguna lección.

Y por cierto es mejor que no vengas a ver a tu madre durante unos días. Está muy disgustada.

Jasmine los conocía muy bien y sabía que se usaban el uno al otro como excusa. Siempre estaban de acuerdo, y una vez tomaban una decisión era imposible conseguir que la cambiaran.

Fue al trabajo con el ánimo abatido, sin saber muy bien cómo iba a ayudar a otros cuando ella misma no sabía cómo resolver sus problemas.

Todd, el otro terapeuta de la clínica, dejó el periódico sobre el escritorio a la hora de comer.

—No sabía que trabajaba con una famosa —dijo, sonriendo.

Jasmine hizo una mueca y lo abrió. Estaba en la página diez, descalza, con el vestido arrugado y expresión furtiva. Cerró el periódico de golpe y frunció el ceño.

—Voy a matarlo.

—¿Al fotógrafo?

—No. Al hombre con el que dormí —Todd arqueó las cejas—. No seas malpensado.

Todd alzó una mano a la defensiva.

—No he pensado nada.

—Mis padres quieren romper relaciones conmigo por su culpa.

—Puede que te haya hecho un favor —dijo Todd, sarcástico.

Jasmine se puso a ordenar unos papeles.

—Creo que necesito unos días de vacaciones para aclararme —dijo.

—No te preocupes, yo me ocuparé de tus pacientes.

—Gracias, Todd —Jasmine le sonrió agradecida—. Es justo lo que necesito.

Hacía años que Jasmine iba a la costa sur cada vez que necesitaba alejarse del ajetreo de Sidney. El romper de las olas la tranquilizaba y le gustaba sentirse sola en aquellas largas playas, hoyadas sólo por sus pies.

Una amiga de su madre le dejaba usar su casa cerca de Pelican Head. No era lujosa, pero era un refugio para ella y el que no hubiera teléfono le aseguraba la soledad que necesitaba para olvidar las miradas de desaprobación de su familia.

Jasmine dejó sus cosas en la casita de la playa y escondió la llave bajo un leño, al pie de un gran eucalipto. El viento otoñal soplaba con fuerza y encrespaba la superficie del mar. Jasmine se recogió el cabello en una coleta y, poniéndose de cara al viento, respiró con placer el aire lleno de partículas de agua. Era como una medicina.

Sus pies se hundían en la arena húmeda de la orilla y avanzaba con dificultad, pero con la determinación de que cada paso la alejaba del recuerdo de Connor Harrowsmith.

Seguía sin comprender cómo había acabado durmiendo en su cama. Era el prototipo de hombre que despreciaba. Demasiado guapo y demasiado rico como para asumir la responsabilidad de sus actos, siempre en busca de experiencias novedosas.

Finn les había hablado de sus romances con actrices y mujeres casadas, y de su afición al juego.

Jasmine dio una patada a una caracola y la vio rodar hasta que el agua se la tragó. Se dio la vuelta para regresar a la casa, pero al ver una figura en la lejanía, se quedó paralizada. Se apartó unos mechones de pelo de los ojos y los entornó para enfocar mejor. A medida que la figura se aproximaba se le disiparon las dudas. Sólo conocía a un hombre con una sonrisa tan seductora como aquélla.

Tuvo la tentación de salir corriendo, pero esperó.

—¿Qué diablos haces aquí? —preguntó, gritando por encima del rumor de las olas, cuando lo tuvo casi al lado.

—Busco caracolas —dijo él, y le alargó una.

Jasmine se la tiró al suelo de un manotazo y avanzó en dirección opuesta a grandes zancadas.

—¡Vete de aquí! ¡No quiero verte!

Connor se puso a su altura.

—Pero yo a ti sí.

Jasmine se paró en seco y le lanzó una mirada furibunda.

—No tengo nada que hablar contigo.

—Pero yo quiero decirte una cosa.

—Ni ahora ni en el futuro me va a importar lo que puedas decirme —Jasmine continuó caminando.

—Creo que sí te importa, Jasmine, pero prefieres ocultarte tras esa coraza de indiferencia que te has construido, a admitir la verdad.

Jasmine no dejó traslucir lo bien que la describía aquel comentario. Levantó la barbilla y siguió caminando.

—¿Cómo has sabido dónde estaba? —preguntó—. ¿Me has seguido?

—No te preocupes —Connor sonrió—. No voy a contarle a nadie tu secreto.

Jasmine desvió la mirada. La idea de que Connor hubiera descubierto el único lugar del mundo en el que se sentía segura la horrorizaba. Ya nunca podría volver a su pequeño paraíso sin temor a encontrárselo.

—No deberías marcharte sin decirle a alguien dónde estás —dijo él, al ver que no hablaba—. Es peligroso.

—Hasta hace cinco minutos no lo era.

—Tranquila —él dulcificó su mirada—. Estoy aquí para protegerte.

—No te necesito.

—Puede que cambies de opinión cuando sepas qué sale en el periódico de la tarde.

Jasmine contuvo el aliento, apretó los puños y se obligó a mirar los profundos ojos marrones de Connor.

—¿A qué te refieres?

—Una entrevista con la mujer de Roy Holden —dijo él, sin

atisbo de sarcasmo.

—¡Dios mío! —exclamó Jasmine, palideciendo.

—Deben haberle pagado un dineral.

Cuando Jasmine recuperó el habla, adoptó un tono frío e impersonal:

—No comprendo qué tiene que ver esto contigo.

—Todo —dijo él—. Eres mi prometida.

—¡No diga estupideces!

Connor arqueó las cejas ante la vehemencia de su tono.

—Cariño… —Jasmine se estremeció ante el afectuoso apelativo —. Si no te casas conmigo en un mes, vas a perder a tu familia. Tu padre está decidido a repudiarte. Ya sé que es muy severo, pero coherente con su alto sentido de la moral.

Jasmine lo miró fijamente. Le resultó curioso que se expresara en los mismo términos en los que ella había reflexionado unos días antes.

—Pero es imposible que tú quieras casarte conmigo —dijo.

Connor se encogió de hombros.

—No tengo nada mejor que hacer.

—Gracias.

Jasmine se volvió hacia el talud que debían escalar para alcanzar el sendero del acantilado y empezó a subir. Apretó los dientes para dejar de pensar en la humillación de que Connor tuviera un primer plano de su trasero a medida que escalaba.

En una ocasión se resbaló y él la atrapó entre sus piernas.

—Ten cuidado —dijo, sonriente—. Si no llego a estar aquí te habrías caído.

Jasmine consiguió salir de entre sus piernas con tanta dignidad como pudo y, jadeante, llegó a lo alto de un tirón.

—Tienes que ponerte en forma —dijo él, con la respiración sosegada—. Así no te fatigarías tanto.

—No estoy fatigada, sino enfadada.

Connor sonrió con malicia.

—Yo sé de un ejercicio muy bueno.

—¡Cállate! —Jasmine se cubrió las orejas con las manos—. No quiero oírte.

Connor le obligó a destapárselas.

—Jasmine, escúchame.

Jasmine cerró los ojos.

—Vete. No quiero ni mirarte

Connor suspiró hondo.

—Eres realmente testaruda.

—Di lo que quieras, pero no pienso hablar contigo.

—Me encantaría decirte muchas cosas, pero no es el momento adecuado. Creo que tenemos compañía.

Jasmine miró por encima del hombro de Connor y no vio a nadie.

—Estás mintiendo.

—Me temo que no —Connor le tomó las manos y, con una inclinación de la cabeza, señaló hacia la izquierda de ella.

Jasmine siguió su mirada y dio un respingo al ver una serpiente de cascabel a menos de un metro de sus pies. De un salto se refugió en los brazos de Connor. Tenía pánico a las serpientes. Él la sujetó con firmeza al tiempo que daba varios pasos hacia atrás.

—Tranquila. No tiene ningún interés en nosotros.

—Las odio —dijo Jasmine.

—Tampoco son mi mascota favorita —bromeó él.

Cuando estuvieron a cierta distancia, la soltó.

—¿Ves? A mi lado no corres peligro.

Jasmine miró a su alrededor para asegurarse de que no había más serpientes.

—Gracias —dijo, avergonzada. Era irónico que tuviera que agradecer a Connor que le hubiera salvado la vida.

—No tiene importancia —dijo él. Y añadió con una desacostumbrada tristeza—. Prefiero una serpiente a un padre furioso.

El comentario hizo pensar a Jasmine en los conflictos familiares de Connor. No tenía más información que la que Sam le había proporcionado en algunos comentarios intrascendentes.

Sabía que su madre había muerto cuando Connor sólo tenía cuatro años, poco después de su matrimonio con Julián Hanowsmith. No se sabía quién era su padre. Se decía que Connor era fruto de una relación apasionada de su madre cuando no era más que una adolescente. Finn, el hijo de Julián y de su segunda mujer, Harriet, hablaba con afecto de su hermanastro, aunque Jasmine intuía que no mantenían una relación estrecha.

—¿Cómo ha reaccionado tu familia ante tu último escándalo? —preguntó.

—Me han amenazado con desheredarme, como siempre. Por eso necesito que las cosas se

calmen lo antes posible. He llegado a un acuerdo para expandir mi negocio al extranjero y no quiero que mi padrastro congele el dinero de mi madre.

—¿Podría hacerlo? —Jasmine lo miró con expresión preocupada.

—Es uno de los abogados más importantes de Sidney —la mirada de Connor se heló una fracción de segundo—. Puede hacer lo que quiera.

—Pero para ahora debes tener suficiente dinero como para decirle que no te afecta lo que haga.

Connor posó una mano sobre su brazo para que se detuviera y lo mirara. El silencio de la naturaleza los rodeaba y Jasmine supo que iba a desvelarle algo muy íntimo y, que al hacerlo, iba a atravesar la barrera que tanto le había constado construir a su alrededor.

—Sí, tengo mucho dinero. Pero no puedo acceder a la herencia de mi madre hasta que me case.

—¿Por qué?

—Así está estipulado en el testamento. Supongo que no quería que nadie sufriera tanto como había sufrido ella por ser madre soltera.

Jasmine se mordió el labio.

—El matrimonio es algo muy serio —esquivó la mirada de Connor—. Me gustaría ayudarte, pero…

—¿Qué vas a hacer respecto a tu familia?

—Me las arreglaré.

—¿Y con la entrevista a la señora Holden?

—Ya he pasado por esto antes.

—Lo sé —Connor sonrió—. La verdad es que sabes cómo sacar de sus casillas a la comunidad religiosa.

—Te aseguro que no lo hago a propósito.

—Pero sabes que este último episodio puede truncar las opciones de tu padre a ser promovido al arzobispado.

Jasmine asintió. Sabía que su padre quería que se casara con Connor más por su propia salvación que por la de ella.

—Nunca he querido casarme —dijo—. No deseo atarme a una tabla de planchar los próximos cincuenta años de mi vida.

—No todos los matrimonios son así.

—¿Estás seguro?

Connor se pasó los dedos por su oscuro cabello. La sombra .de su poderosa mandíbula indicaba que no se había afeitado en un par de días y Jasmine se preguntó qué se sentiría al besar aquella piel áspera y varonil.

—¿Tienes frío? —preguntó él, al ver que se estremecía.

—No.

Caminaron en silencio. Connor la observaba de soslayo. La fragancia de su perfume le llegaba según soplara el viento, y sintió el mismo encogimiento en el estomago que había percibido al verla por primera vez. Era completamente distinta a las demás mujeres que conocía. Y

hasta a él mismo le parecía que conocía demasiadas. Había llegado la hora de sentar la cabeza y de poner sus prioridades en orden. Se lo debía a la memoria de su madre.

No podía evitar pensar que a ella le hubiera gustado Jasmine. Su espíritu indómito y su lengua afilada eran como una ráfaga de aire fresco. Pero estaba seguro de que bajo aquella apariencia arisca había un temperamento mucho más dulce. Lo podía ver en su mirada cuando no se sentía observada. Había en sus ojos un ansia que él quería saciar.

Jasmine se concentró en el ruido de las ramas quebrándose bajo sus pies y en el canto de las cigarras que llenaba el aire. Era como si supieran que el verano había llegado a su fin y que el otoño no tardaría en silenciar su voz.

—¿Cuánto tiempo vas a pasar aquí? —preguntó él al cabo de un rato.

—Un par de días —dijo ella con cierta incomodidad.

—¿Cómo has sabido dónde encontrarme?

—Es una larga historia. Estaba hablando de terrenos con un amigo cuando mencionó que había por aquí uno que podría interesarme. Lo he comprado. Puede que lo conozcas.

Jasmine se paró en seco.

—¿Dónde está?

—Es la vieja casa que queda un poco más adelante siguiendo la

carretera

Jasmine la conocía perfectamente. Solía evitarla porque estaba en ruinas y le daba la sensación de que quien había vivido en ella no había sido. Feliz. No podía creer que Connor la hubiera comprado inocentemente.

—No tienes derecho a venir por aquí —dijo, en tono acusador.

—Estás muy equivocada. Ahora soy el dueño de esa propiedad y puedo hacer lo que quiera.

Jasmine le lanzó una mirada furibunda.

—Quieres atosigarme hasta que me dé por vencida, ¿verdad?

—Nada más lejos de mi intención —dijo él, con sorna.

—Si crees que así vas a conseguir que me case contigo, estás muy equivocado.

La calma aparente de Connor la irritó aún más. Jasmine dio media vuelta y se alejó de él con la cabeza agachada. No quería que viera las lágrimas que corrían por sus mejillas. Cuando tras dar un paseo para evitar encontrarse con él llegó a la casa, le tranquilizó comprobar que su coche no estaba. Pero tuvo la certeza de que volvería.

Tras debatirse entre quedarse o marcharse, Jasmine decidió hacer la maleta y dejar la casa de la playa. Las carreteras estaban vacías, así que llegó a su piso en muy poco tiempo. Después de estar en Pelican Head, lo encontró claustrofóbico y agobiante.

Desde que Connor Harrowsmith había entrado en su vida todo le resultaba desconcertante y amenazador.

Sonó el teléfono y se quedó mirándolo con angustia. Por fin levantó el auricular.

—¿Jasmine? —sonó la voz lacrimosa de su madre.

—Hola, mamá.

—Tienes que casarte con él.

Jasmine sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas y tragó saliva.

—Mamá, yo…

—El consejo parroquial ha convocado una reunión. Amenazan con retirar su apoyo a tu padre

—la voz de su madre llegó entrecortada por la emoción—. Y teniendo en cuenta que el sínodo se reúne en unas semanas, supondrás lo que eso significa para las aspiraciones de tu padre al

arzobispado.

—Mamá…

—Jasmine, ésta es la gota que colma el vaso. No soportaría que destrozaras a tu padre. Ya lo hemos pasado bastante mal.

—No es culpa mía.

—¡Claro que sí! —chilló su madre.

Jasmine apretó el auricular. ¿Es que no iba a preocuparse nadie de escuchar la verdad antes de emitir un juicio?

—Tu padre ha decidido plantearte un ultimátum.

—¿Cuál?

—No quiere volver a verte hasta que accedas a casarte con Connor.

—¿Y tú?

Hubo una pausa prolongada.

—Querida, sabes lo difícil que esto es para mí, pero estoy de acuerdo con tu padre.

Jasmine había escuchado suficiente. Sabía que estaba acorralada y que no tenía sentido pelear. Cada vez que su madre usaba aquel tono de abatimiento conseguía que se sintiera culpable. La quería mucho y en su fuero interno sabía que haría cualquier cosa para evitar que sufriera.

—De acuerdo, mamá —dijo, tras otro tenso silencio—. Lo haré.

El suspiro de alivio de su madre debía haberla alegrado, pero no fue así.

Sentía que acababa de meter el pie en una trampa y que la persona encargada de activarla era Connor Harrowsmith, a quien se imaginó celebrando su victoria con una amplia sonrisa de satisfacción.

Capítulo 3

JASMINE no sabía dónde localizar a Connor, pero él debía estar informado de que había cambiado de opinión pues al día siguiente la estaba esperando delante de su casa cuando volvió de la clínica. Sus ojos la siguieron desde la parada del autobús. —Hola

Jasmine no pudo sostenerle la mirada. —¿Qué te trae por aquí? —¿Tú qué crees?

Jasmine se encogió de hombros y se obligó a mirarlo.

—Supongo que no habrás traído un anillo de compromiso —dijo, en un fingido tono festivo.

—Te equivocas —dijo él, desconcertándola. Metió la mano en el bolsillo de la camisa y sacó una caja pequeña de terciopelo negro con las esquinas desgastadas—. Perteneció a mi abuela.

Jasmine la abrió y contempló el rubí rodeado de pequeños diamantes. —Vamos, pruébatelo.

Jasmine se lo puso. Le encajaba a la perfección. Alzó la mirada hacia Connor.

—Es precioso, y debe de ser muy valioso.—Así es.

Jasmine no supo qué decir. Le parecía un sacrilegio llevar aquella joya cuando ni el compromiso ni el matrimonio que simbolizaba eran verdaderos.

—¿Quieres subir a tomar algo? —preguntó. Y buscó las llaves en el bolso para ocultar su turbación.

—Claro.

Connor la siguió por el camino enlosado que llevaba hasta la puerta de la casa en la que Jasmine tenía alquilado el piso superior. Mientras subía las escaleras, ella no pudo evitar pensar qué opinaría Connor de la pintura desconchada. Suponía que él tendría una lujosa mansión en una urbanización selecta.

—¡Qué acogedor! —comentó él al entrar en el piso, desconcertándola una vez más. Jasmine no respondió—. ¿Llevas aquí mucho tiempo?

—Unos meses. Está cerca de la clínica.

—Ah, la clínica —el tono que Connor usó para repetir la palabra intranquilizó a Jasmine—. Me han hablado mucho de ella.

—¿Quién? —Jasmine podía imaginar a sus padres lamentándose de que su hija, de tan buena familia, hubiera acabado haciendo un trabajo tan insignificante.

—Nadie que tú conozcas.

—¿No han sido mis padres?

—Mis conversaciones con tus padres son de otra índole

Jasmine podía imaginarlo.

—¿Ha conseguido agotarte mi padre con sus interminables charlas sobre el bien y el mal?

—Hemos llegado a un callejón sin salida. Él cree tener razón y yo pienso que se equivoca.

—¿Respecto a qué?

—A ti. No te conoce en absoluto.

Jasmine lo miró perpleja. No comprendía qué le hacía pensar que él sí la conocía.

—No sé a qué te refieres —dijo.

—Da la sensación de que no perteneces a tu familia.

Jasmine apartó la mirada y encendió una lámpara.

—¿Qué te hace pensar eso? —preguntó, disimulando la inquietud que sentía.

—Tu cabello, entre otras cosas.

—¿Mi cabello? —Jasmine se tocó los rizos que caían en cascada alrededor de su rostro.

—Tus hermanas tienen el pelo rubio y liso. Y el tuyo es castaño y rizado. Tus padres son rubios.

—Puede que haya heredado esa característica de un antepasado.

Connor la miró fijamente. Jasmine se tensó. Temía que viera a través de la coraza tras la que se sentía protegida.

—¿Quieres tomar algo? —ofreció, para cambiar de tema—. Sólo tengo zumo, té o café.

—Un vaso de agua, por favor —dijo Connor, sorprendiéndola de nuevo—. Ha hecho mucho calor, ¿no crees?

Jasmine sentía calor, pero se debía más a la forma en la que él la miraba que a la temperatura ambiente.

—La verdad es que he estado casi todo el día en la clínica, así que no me he dado cuenta —fue a la cocina y Connor la siguió.

—¿Qué haces en la clínica? —preguntó a sus espaldas.

Jasmine terminó de llenar los vasos antes de volverse. Le dio uno a Connor.

—Me ocupo de la rehabilitación de los pacientes, tanto en el aspecto personal como en el social.

—Debe ser muy gratificador.

—A veces. Pero hay muchos fracasos.

—La gente tiene voluntad propia. No puedes ayudarlos si no lo desean de verdad.

—Lo sé —dijo Jasmine con tristeza—. Pero al menos debo intentarlo.

—¿Por tu familia?

Jasmine estuvo a punto de asentir, pero se mordió la lengua. No quería darle más información sobre su vida privada. Hizo ademán de separarse del fregadero.

—Si has acabado el agua, será mejor que te vayas. Tengo trabajo que hacer.

Connor la asió por el brazo con firmeza.

—Tenemos mucho que hablar. Hay que organizar la boda.

—Basta con que firmemos en el registro. No vamos a invitar a nadie.

—¿No quieres fotógrafos? ¿Y qué harás cuando tus hijos quieran ver las fotos de tu boda?

Jasmine liberó su brazo.

—¿Qué hijos?

Connor la miró con una sonrisa insinuante.

—Los nuestros.

—Si crees que este matrimonio va a consumarse, estás muy equivocado.

—No estés tan segura —dijo Connor, con sorna.

—¡No pienso acostarme contigo!

—Prometo ser muy delicado

Jasmine hubiera querido darle un pisotón.

—¡Deja de tomarme el pelo!

—Me limito a informarte de cuáles son mis intenciones.

—Tu única intención es vengarte de tu padre —dijo Jasmine, retadora. Connor entornó los ojos y ella continuó—. Tengo mala fama. Todo el mundo lo sabe y los periódicos se han encargado de recordarlo estos días. Casándote conmigo pretendes avergonzar a tu familia.

—Te recuerdo que la idea de que me casara contigo fue de tu padre —dijo él con calma.

Jasmine había olvidado aquel pequeño detalle.

—¡Da lo mismo! —exclamó igualmente—. El caso es que tú te has aprovechado de las circunstancias.

Connor dejó escapar una risita que rompió la tensión.

—¿Qué te hace tanta gracia? —preguntó ella, desconcertada

—Tú

—No pretendo ser graciosa.

—Por eso mismo —Connor le acarició la mejilla—. Hay poca gente que me haga reír.

Jasmine sentía que estaba creciendo entre ellos una complicidad inesperada, como un hilo invisible que los envolviera a ambos, aproximándolos entre sí.

Estaban a unos centímetros el uno del otro. Podía sentir el calor del cuerpo de Connor, y un cosquilleo persistía en la mejilla que él le había tocado.

Connor recorrió la distancia que los separaba y agachó la cabeza con una lentitud que fue para Jasmine como una tortura. Sus labios se entreabrieron automáticamente y dejaron escapar su respiración entrecortada.

Los labios de él rozaron los de ella con delicadeza una y otra vez, ejerciendo cada vez un poco más de presión, como si probaran su sabor por primera vez.

Jasmine no pudo contenerse más. Necesitaba que la besara. Tomó su cabeza entre las manos y lo besó con la pasión que devoraba su interior. Una pasión, tal y como se dio cuenta en aquel preciso instante, que llevaba consumiéndola desde el momento que él la miró el día de la boda de su hermana. Sus lenguas se entrelazaron. Él la estrechó contra sí, haciéndole sentir la dureza de su erección como prueba de la intensidad de su deseo. Y al percibirlo, Jasmine perdió el control y lo besó con desesperación.

Él respondió con el mismo frenesí y no dejó rincón de su boca sin explorar. Jasmine lo necesitaba, ansiaba que la tocara como si fuera una tierra sedienta que anhelara la lluvia. Sus pechos estaban tersos, sus pezones endurecidos rozaban su sujetador como si pidieran ser liberados.

Connor pareció leer en su interior y ralentizó su beso hasta que sus labios abandonaron su boca y fueron descendiendo por su cuello. Jasmine sintió sus cálidos dedos desabrochándole los primeros botones de la camisa antes de que su húmeda boca le acariciara la parte alta de un seno, después del otro. Jasmine pensó que iba a estallar. No quería que se detuviera, necesitaba que siguiera adelante.

Connor posó la mano en su mejilla y la obligó a mirarlo a los ojos.

—Podría hacer lo que harían la mayoría de los hombres en una situación como ésta, pero no es el momento adecuado —dijo con voz ronca—. Te prometo hacerlo en otra ocasión.

Jasmine no pudo apartar los ojos de su mirada ardiente. Tragó saliva y respiró con dificultad.

Connor se separó de ella.

—Tengo que irme —dijo con una sonrisa—. Hasta la próxima.

Jasmine guardó silencio por temor a rogarle que se quedara. Lo observó marchar y siguió el sonido de sus pisadas. Estaba paralizada por un súbito descubrimiento. El odio que sentía por él se había desintegrado y había sido sustituido por un sentimiento que no quería sentir por ningún hombre.

No quería amarlo. Y haría lo que hiciera falta para evitarlo.

Jasmine eludió todas las llamadas de Connor. Dejó el teléfono descolgado y no abrió la puerta cuando llamaron. Trabajó todos los turnos, incluidos los de la noche.

Estaba decidida a no verlo mientras sintiera un vacío en sus entrañas y un deseo físico casi doloroso cada vez que pensara en él.

El siguiente viernes, Connor se presentó en la clínica cuando Jasmine salía, a las doce de la noche. Estaba en la puerta, apoyado en su coche y la miraba con expresión sombría. En cuanto la vio se incorporó y, sin darle tiempo a reaccionar, le tomó la mano izquierda y la observó.

—¿Dónde está el anillo?

A Jasmine la irritó su tono autoritario y decidió no contestar. Pasó de largo hacia la parada del autobús. Apenas había dado unos pasos cuando él la tiró de la camisa. Jasmine se soltó de un manotazo.

—¡Es mi mejor camisa! —exclamó.

—Es demasiado grande y el color no te favorece.

Jasmine se sintió ofendida.

—A mí me gusta —dijo. Y siguió andando.

—¿Por qué no has respondido a mis llamadas? —exigió saber él.

—He estado ocupada.

—¿Por qué no llevas mi anillo?

—¿No era mío?

—No te hagas la graciosa.

—Es demasiado caro.

—Te compraré uno más barato.

—No quiero que me compres nada.

—Entonces, ¿qué quieres?

Jasmine tuvo que apretar los labios para no decirle que quería sentirlo por todo su cuerpo.

—Quiero irme a casa. Ha sido un día muy largo —dijo, en cambio.

Connor suspiró y, tomándola del brazo, la llevó hacia el coche.

—Ha sido una semana larga. Y ni siquiera ha terminado —dijo, a su vez.

Jasmine se subió a regañadientes y se abrochó el cinturón mecánicamente mientras él se sentaba tras el volante y le dirigía una mirada iracunda.

—No vuelvas a tratarme así.

—No eres mi dueño —dijo ella, con frialdad.

—Todavía no —dijo él. Y arrancó el coche con una violencia que hizo estremecer a Jasmine.

—¿Te has levantado con el pie izquierdo? —preguntó ella, cruzándose de brazos como para protegerse.

—Algo así —Connor recordó la soledad de su cama vacía aquella mañana y añadió—. En la cama equivocada, desde luego.

A Jasmine se le encogió el corazón y en su interior estalló una mezcla de rabia y de celos.

—Deberías ser más cuidadoso con la compañía que eliges —dijo,

con aparente indiferencia.

—En el futuro pienso serlo.

Jasmine no supo qué decir.

—¿Viste la entrevista a la esposa de Holden ayer por la noche? —preguntó Connor al cabo de un rato.

Jasmine mantuvo la mirada baja.

—No.

—¿Por qué no? Deberías enterarte de lo que está contando.

Jasmine se encogió de hombros.

—¿Para qué? No puedo defenderme.

—Podrías responderle en otra entrevista.

—¡Ni hablar!

—¿No te tienta el dinero?

Jasmine miró a Connor. Fruncía el ceño.

—No me tienta en absoluto.

Connor se adentró entre el tráfico. Sabía que Jasmine sólo tenía información a medias. En cambio él sabía demasiado y el peso de lo que conocía era como una losa sobre su pecho. Aun así, no se arriesgaría a contarle una verdad con la que podía destrozarla. Era mejor que empezara a sospechar por sí misma. Entonces la ayudaría a comprender…

Sentía un intenso deseo de protegerla que lo desconcertaba. La dulzura no era una de sus características, pero algo en Jasmine despertaba sus mejores instintos. No lograba comprender qué era. Sólo sabía que quería hacerla suya. Y el ultimátum de sus padres le había facilitado mucho las cosas.

—Ayer me llamó tu padre —dijo, tras una larga pausa.

Jasmine emitió un sonido de desaprobación. Connor detuvo el coche delante de su casa.

—¿Qué quería?

—Parece que ha cambiado de opinión respecto a nuestra boda —Jasmine se tensó—. Piensa que puedes encontrar un candidato mejor.

—¿Qué le has dicho? —Jasmine no se atrevió a mirarlo.

Connor rió.

—No estaría bien que se lo repita a la hija de un obispo —miró a Jasmine con ojos brillantes—.

Tampoco fue muy adecuado para sus oídos.

Jasmine no pudo contener una carcajada que trató de disimular rematándola con una tos, pero la sonrisa satisfecha de Connor le indicó que no lo había conseguido.

—Entonces, ¿se ha cancelado la boda? —preguntó ella.

—No.

Una extraña sensación recorrió la entrepierna de Jasmine al oír el énfasis que Connor puso en la negación.

—Lo cierto es que tu padre cambió de opinión en seguida —continuó él.

Jasmine lo miró con cautela, preguntándose qué ocultaba tras la sonrisa que le bailaba en los labios.

—¿Le has sobornado para que te concediera mi mano?

Connor lanzó una carcajada.

—No sé si sabes que tu padre está muy orgulloso de su órgano.

Jasmine se ruborizó ante la doble intención que Connor insinuó.

—Sí, pero está estropeado.

—¿Por falta de uso? —preguntó Connor con mirada risueña. Jasmine no respondió, pero lo miró de tal manera que le hizo reír —. Desde que le he entregado un cheque para restaurar el órgano piensa que soy el marido ideal.

—Creía que no tenías dinero —dijo Jasmine—. ¿No querías casarte para poder acceder a la herencia de tu madre?

Connor tardó en responder.

—No necesito dinero, pero el único que tiene para mí verdadero valor es el que me dejó mi madre. Y nadie va a impedir que lo consiga.

Algo en la forma que habló hizo pensar a Jasmine, una vez más, que existía cierta animadversión entre Connor y sus padrastros. Le hubiera gustado saber más cosas de su infancia, del dolor que había sentido al perder a su madre y encontrarse rodeado de personas con las que no le unía un vínculo de sangre. Pero no dio voz a su curiosidad. No quería que Connor supiera que le importaba mucho más de lo que imaginaba.

—Estás cometiendo un gran error al unirte a mí —dijo en tono de advertencia.

—Ya veremos —dijo él, mirándola a los ojos.

Jasmine apartó la mirada porque temía que adivinara lo que sentía.

—Gracias por traerme —dijo. Y alargó la mano para abrir la puerta.

Connor se inclinó hacia su lado y se la abrió. Jasmine contuvo la respiración al sentir el roce de su musculoso brazo contra su pecho. Connor notó su reacción y, volviendo a su asiento, la observó atentamente.

—Jasmine, contéstame una pregunta.

—¿Qué?

Connor tardó en hablar.

—¿Has accedido a casarte conmigo por las amenazas de tus padres o para que pueda exigir el dinero de mi madre?

Jasmine no supo qué contestar. No estaba dispuesta a confesarle que ni siquiera estaba segura. Que la irritaba y la confundía, pero que algo en él ejercía el poder de un imán sobre ella, como si sólo él tuviera la llave de su felicidad. Su risa la alteraba ,el roce de sus dedos la volvía loca y el brillo de sus ojos le hablaba de pasiones desconocidas que anhelaba descubrir. Pero no podía decirle nada de eso. Debía ser su secreto.

—No tengo nada mejor que hacer —respondió con las palabras de Connor. Él sonrió.

—Jasmine Byrne, no sé qué voy a hacer contigo.

—Yo tampoco —dijo ella, con voz quebradiza.

—Pero sí sé lo que deseo hacer —Connor le rodeó los hombros con el brazo y la atrajo hacia sí.

Jasmine alzó la cara hacia él, ofreciéndole la boca.

—¿Qué? —preguntó en un susurro.

—Lo sabes perfectamente —dijo él, antes de besarla.

Jasmine estaba pensando cómo invitarlo a subir cuando Connor se separó de ella y la miró con tristeza.

—Te llamaré mañana —dijo.

Jasmine abrió la puerta con dedos temblorosos y se bajó del coche. Se sentía como una adolescente después de su primera cita.

—Esperaré a que abras la puerta de casa —dijo Connor.

Jasmine fue hacia la entrada, controlándose para no volver al coche y suplicarle a Connor que subiera con ella.

—¡Jasmine!

Ella se volvió con la esperanza de que fuera él quien sugiriera el cambio de planes, pero vio que sujetaba algo en el aire.

—¡Tu bolso!

Jasmine deshizo el camino fingiendo una dignidad que estaba muy lejos de sentir.

—Gracias —dijo con frialdad.

Él no respondió.

Jasmine llegó a la puerta y, tras abrirla torpemente, entró sin ni siquiera volver la mirada.

Cuando escuchó el coche alejarse, se imaginó la risa de Connor resonando en el aire y lo maldijo.

Capítulo 4

LA BODA se celebraría el viernes siguiente. De camino a la casa de sus padres, Jasmine se había enfurecido con su padre por acceder a la boda a cambio del dinero para restaurar el órgano.

Pero cuando llegó, descubrió que su madre no estaba convencida de que fuera una buena idea.

—¿Estás segura de lo que vas a hacer? —preguntó Francés Byrne, con expresión consternada.

—Claro que sí —replicó Jasmine.

—Pero cariño… —su madre se retorció las manos en un gesto de ansiedad—. Él es tan…

—Dilo, Francés —intervino su padre—. Es un sinvergüenza y un jugador.

—Y yo soy una fulana —dijo Jasmine—. Hacemos la pareja perfecta.

A su padre siempre le había molestado su tendencia al sarcasmo. Sacudió la cabeza y miró al cielo.

—Elías, por Dios —dijo su madre

—No te preocupes, mamá —dijo Jasmine—. Éste es un asunto entre Connor y yo.

Su madre lanzó una mirada furtiva a su padre.

—Jasmine… —dijo, titubeante.

—No, Francés —le cortó su padre—. Déjalo.

—Pero Elias, algún día tendrá que saberlo

—Si te refieres al donativo para el órgano, ya lo sé —dijo Jasmine, mirando a su padre con frialdad.

Éste apartó la mirada.

—Elias… —balbuceó su madre con semblante angustiado.

Jasmine miró a sus padres alternativamente. Sus rostros estaban

tensos y se miraban el uno al otro con evidente preocupación.

—¿Qué sucede? —preguntó.

Su padre apretó los labios.

—¿Mamá? —Jasmine se volvió hacia su madre.

—Nada —dijo ésta, esquivando su mirada—. Debe ser la emoción de tantas bodas en un año.

Se secó los ojos y con ello dio por acabado su arrebato de sentimentalismo.

—Jasmine, tu madre y yo queremos que seas feliz —dijo su padre, con la solemnidad que adoptaba para los sermones importantes—. Pero nos preocupa tu temeridad.

—Tengo veinticuatro años —dijo ella con amargura—. Soy responsable de mis actos.

Sus padres intercambiaron una mirada de ansiedad.

—¿Qué os sucede? —preguntó Jasmine, irritada—. Os estáis comportando de una manera muy extraña.

—Cariño… —su madre utilizó el tono que reservaba para las ocasiones graves—. ¿Por qué dices eso? Estamos deseando que te cases con Connor, ¿verdad, Elias?

Su padre masculló algo y recogió las notas del sermón que estaba revisando cuando su mujer y su hija lo habían interrumpido.

—Estaré en el despacho —dijo. Y se marchó.

Jasmine miró a su madre.

—¿Mamá?

Francés Byrne retomó la labor de costura que había dejado a un lado.

—No te preocupes por tu padre —dijo, al tiempo que doblaba la labor—. Está nervioso por el sínodo.

Jasmine suspiró.

—Lo comprendo.

—No —dijo su madre—. Ése es el problema, que no lo comprendes.

Y tras aquellas palabras, abandonó la habitación y Jasmine se quedó mirando al vacío, con una mezcla de temor e incertidumbre.

Connor se presentó en su casa el lunes anterior a la boda. Jasmine acababa de llegar después de un día particularmente difícil en el que uno de sus pacientes acababa de recaer, y no estaba de humor para hablar de bodas.

—¿Qué quieres? —preguntó, y metió la llave en la cerradura.

Connor la siguió al interior. — —¿Has tenido un día duro?

Jasmine lo miró con el ceño fruncido. Prefería seguir enfadada a echarse a llorar. Desde la escena con sus padres estaba angustiada, y tenía la sensación de que su vida podía cambiar en cualquier momento radicalmente. A peor.—

—¿Qué haces aquí?

—Te he echado de menos.

—Nos vimos hace tres días. Y no me tomes el pelo.

—Me gusta verte cada día.

—¿Para asegurarte de que no te dan el cambiazo antes de la boda?

Connor la miró con severidad.

—¿Por qué estás tan enfadada?

—Por todo —Jasmine resopló.

—¿Te importaría ser más precisa? —Connor se sentó en el brazo del sofá.

Jasmine estaba a punto de llorar y apartó la mirada.

—Uno de mis pacientes desapareció anoche —dijo con tristeza —. No hemos conseguido encontrarlo. Sabemos que compró droga cerca de la medianoche. Desde entonces nadie lo ha visto.

—¿Habéis ido a buscarlo a su casa?

—No tiene. Ocasionalmente pasa la noche en un albergue, pero…

—Parece mentira que haya gente que prefiera la calle —comentó Connor.

—Osear no tiene otra opción —exclamó Jasmine, indignada—. Su padre le pegaba y su madre era alcohólica. Llevaba tres años en la calle antes de llegar a nuestra clínica para curarse de su adicción.

—¿Con éxito?

—Aceptó tratarse con metadona —suspiró Jasmine—, pero cada vez que las cosas le van mal, recae.

—Esa gente te importa de verdad, ¿no es cierto?

A Jasmine le sorprendió ver que Connor la miraba con dulzura.

—Desde luego.

—¿Y trabajas con ellos por poco dinero para contribuir a cambiar el mundo?

Jasmine lo miró firmante por si descubría indicios de sarcasmo,

pero no los encontró.

—No necesito dinero.

—¿No te gustaría comprarte ropa? —Connor deslizó su mirada por sus vaqueros gastados.

—No me interesa ir a la moda.

—¿Nunca deseas tener las cosas que tienen tus hermanas?

A Jasmine le intranquilizaron sus preguntas.

—Mis hermanas acabaron sus estudios. Yo no. Conoces la historia por los periódicos. Sabes que destrocé la carrera docente de Roy Holden. No hace falta que te lo cuente.

—Me encantaría oírlo de tu boca.

—Es una historia tan antigua como la humanidad —dijo Jasmine, furiosa—. Una inocente joven de dieciséis años pasa demasiado tiempo con uno de sus profesores. Un testigo nos encontró en lo que describió como una «situación comprometida». Holden fue trasladado a otro colegio.

—¿Y tú?

Jasmine bajó la mirada.

—Dejé el colegio ese mismo día. No podía soportar las miradas furtivas y los comentarios de mis compañeros.

—No eras más que una niña. Él era el culpable.

—No hizo nada malo —lo defendió ella con vehemencia.

—Así que tú cargaste con la culpa.

Jasmine miró para otro lado.

—Porque era culpable.

—Las adolescentes coquetean sin mala intención.

—Yo no coqueteé con él —dijo Jasmine—. Me gustaba escucharlo. Conseguía que los libros cobraran vida. Era un maravilloso profesor. Desde la primera vez que me miró sentí que algo en mí se despertaba, y… —Jasmine se dio cuenta súbitamente de que estaba hablando demasiado y cerró la boca.

—¿Cómo reaccionaron tus padres cuando la relación entre vosotros se hizo pública?

—Se hundieron —Jasmine se sentó frente a él—. Mi madre sufrió una migraña de tres días y mi padre me estuvo sermoneando sobre cómo las buenas chicas cristianas no se dejaban llevar por las tentaciones de la carne.

—Pero tú no te dejaste llevar por las tentaciones de la carne —

afirmó Connor, sin apartar la mirada de ella.

—Con Roy Holden no. Pero a los pocos días, en un acto de rebeldía, me acosté con el capitán del equipo de fútbol. Fue espantoso.

Connor sonrió.

—También lo fue mi primera vez.

Jasmine sonrió.

—¿Qué dijo la señora Holden en la entrevista?

—Defendió la inocencia de su marido y apenas te mencionó. Si es eso lo que te preocupa, en cuanto nos casemos, se acabarán todos los rumores.

Jasmine se mordió el labio.

—Hace ya ocho años. No comprendo que la gente siga interesada.

—Tu padre es obispo —dijo Connor—. Si fuera lechero, dudo que despertara tanta curiosidad.

—Supongo que tienes razón.

—Venga —Connor se puso en pie—. Vamos a picar algo. Luego buscaremos a tu oveja descarriada.

Jasmine lo siguió a la puerta sin dar crédito a lo que acababa de oír. Aparte de su compañero, Todd, no conocía a ningún hombre dispuesto a dedicar una de sus noches a recorrer los suburbios en busca de una persona a la que ni siquiera conocía.

Hizo que viera a Connor desde una perspectiva nueva. Y que cualquier atisbo de odio hacia él se replegara a un rincón de su cerebro al que no tenía acceso.

También le hizo sentir miedo.

Tras recorrer las calles durante una hora fueron a comer algo a un restaurante chino.

—¿Estás nerviosa por el viernes? —preguntó Connor.

—¿Por qué iba a estarlo? No es una boda de verdad, si no un mero trámite.

Connor la miró fijamente.

—Tengo la intención de que sea un matrimonio en toda regla, Jasmine. Lo sabes.

Ella alzó la barbilla.

—No puedes obligarme.

—No, pero tengo algunos trucos para persuadirte. Nunca me han

fallado.

Jasmine se sonrojó al imaginarlo en brazos de innumerables mujeres, todas ellas jadeantes.

Ocultó su turbación tras sarcasmo.

—Imagino que hay una legión de ellas desconsoladas al oír que te casas.

—No tantas como crees, pero las suficientes como para que te pongas celosa.

Jasmine se sonrojó aún más, pero no dijo nada. Connor continuó:

—¿Cuántos amantes has tenido?

Jasmine tardó en responder.

—A ningún hombre le gusta conocer el pasado sexual de su esposa.

Connor bebió un poco de vino.

—A mí me encantaría saber quién ha pasado por tu cama.

El camarero llegó en aquel instante y salvó a Jasmine de contestar. Pidieron la cuenta y, tras pagar, Connor se puso en pie y entrelazó su brazo con el de Jasmine.

—¿Dónde quieres que vayamos a buscar a Osear?

Caminaron por King's Cross e interrogaron a varios transeúntes, pero nadie lo había visto.

Continuaron por calles y callejones menos transitados. Un tipo de mal aspecto gritó obscenidades a Jasmine y Connor la obligó a volver a una zona mejor iluminada.

—Quiero que me prometas que nunca vendrás por aquí sola —dijo en tono amenazador, llevándola bajo la luz de una farola. :

Jasmine le devolvió la mirada.

—No digas tonterías. Nadie va a hacerme daño. ¿Acaso tienes miedo?

Connor pareció ofendido, pero Jasmine vio un brillo divertido en el fondo de sus ojos.

—Claro que no. Pero no me gusta que corras riesgos.

—Son gente como tú y como yo —dijo Jasmine, poniéndose seria—, sólo que han tomado la decisión equivocada. Bajo determinadas circunstancias podría pasarle a cualquiera.

Connor la miró pensativamente antes de suspirar.

—Tienes razón —dijo finalmente. La tomó de la mano y

caminaron de vuelta al coche.

Jasmine tuvo la sensación de que hablaba como alguien que hubiera logrado rectificar a tiempo, y se dio cuenta de que no sabía nada de él.

—¿Cómo se llamaba tu madre? —preguntó cuando llegaron al coche.

Connor la miró de soslayo antes de arrancar.

—Ellen.

—¿La recuerdas?

—Un poco —masculló él—. Lleva muerta treinta años. No sé a qué viene que quieras hablar de ella.

—Lo siento —dijo Jasmine—. No quería molestarte.

Connor se volvió a mirarla.

—La historia de mi familia no es precisamente feliz. Durante mi infancia sólo pensaba en huir.

—¿Y Finn? ¿Nunca os habéis llevado bien?

La mirada se Connor se endureció.

—Finn es mi hermanastro y, tal y como me recordaban cada día mis padrastros, no tenemos ningún vínculo de sangre.

—Debiste sentirte muy solo.

—No más que tú —dijo Connor con dulzura. Y puso el coche en movimiento.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Jasmine, suspicaz.

—Que tampoco para ti ha debido ser fácil ser tan distinta a tus hermanas.

Jasmine lo miró alarmada. Un escalofrío le recorrió la espalda.

—¿A qué te refieres?

Connor le lanzó una mirada y percibió la tensión que la dominaba.

—Ya te he dicho en otra ocasión que no pareces pertenecer a tu familia. ¿No te importa?

—No soy creyente en una familia religiosa. Es lógico que sea la rara de la casa.

—Mejor para ti —dijo él, sorprendiéndola una vez más.

Jasmine fue a decir algo, pero vio una figura que le resultó familiar.

—¡Para! —gritó y abrió la puerta para salir del coche.

Connor frenó de golpe y la vio desaparecer en un oscuro

callejón. Aparcó el coche a toda velocidad y fue en su busca. La encontró inclinada sobre un chico que olía como si acabara de vomitar.

—¿Quieres que llame a una ambulancia? —preguntó.

Jasmine sacudió la cabeza.

—Está bien. Sólo tiene resaca —Connor la ayudó a levantarlo—. Tenemos que llevarlo al albergue.

—¿En mi coche? —preguntó Connor, alarmado. Pero al ver la mirada de Jasmine, supo que no le quedaba otra opción.

Cuando entraron en el albergue, un hombre fuerte, de origen maorí, los recibió calurosamente.

—¡Hola, chica! —saludó a Jasmine—. Veo que lo has encontrado.

Jasmine le pasó al joven. Éste masculló algo ininteligible al tiempo que se sentaba sobre una silla e inclinaba la cabeza entre las rodillas. Jasmine le acarició la nuca distraídamente a la vez que hablaba con el encargado del albergue.

—No creo que se haya inyectado. Sólo ha bebido.

—De todas formas, llamaré al médico.

—Gracias, Rangie —sonrió Jasmine. Y se volvió hacia Connor—. Éste es Connor Harrowsmith.

Los dos hombres se estrecharon la mano y Jasmine comprobó una vez más que Connor estaba igual de cómodo con las clases altas que con los chicos de la calle. Era una auténtica caja de sorpresas y cada uno de sus actos más desconcertante que el anterior…

Tras rechazar el café que Rangie les ofreció, volvieron al frío de la noche. Connor la rodeó con el brazo.

—Mañana vuelo a Perth para un par de días. Pero no te preocupes, volveré para la boda.

—Jasmine sintió que el corazón se le encogía. Se estaba acostumbrando a discutir con él—. ¿Estás segura de que no quieres invitar a nadie, ni amigos ni familiares?

—Mi madre es hija única y mi padre sólo tiene una hermana con la que no se habla.

Connor arqueó una ceja.

—¿Por qué?

—No lo sé. Nunca nos dejan hablar de tía Vanessa. Se ve que hizo algo imperdonable.

—¿Como tú? —preguntó Connor, mirándola a los ojos.

—Sí —dijo ella, sin pestañear—. Como yo.

Connor abrió la puerta del coche y la ayudó a subir. Hicieron el recorrido hasta la casa de Jasmine en silencio y ésta se preguntó en qué estaría pensando él, si estaría contento porque pronto dispondría del dinero de su madre o si tendría dudas sobre el compromiso que estaba a punto de adquirir a pesar de que no había hecho ninguna promesa y podría seguir con su vida de soltero como hasta entonces.

Jasmine lo miró de soslayo. ¿Qué pensamientos asaltarían aquella hermosa cabeza? ¿Qué habría detrás de aquellos profundos ojos marrones?

Bajó la mirada hacia sus manos y se estremeció. ¿Qué pensaría hacer con aquellas poderosas manos una vez le pusiera la alianza en el dedo?

Capítulo 5

JASMINE sólo tardó unas horas en empaquetar sus cosas para mudarse a casa de Connor. Se sentó sobre los talones y observó las cinco cajas que había llenado. Sus posesiones iban a ocupar muy poco espacio en la mansión de Connor. Éste le había dejado una llave y había llamado a una compañía de mudanzas que Jasmine había cancelado y sustituido por un taxi.

Era la primera vez que veía la casa y cuando llegó, le alegró que él siguiera en Perth para poder recorrerla a solas y descubrir algo más del hombre con el que se casaría en menos de cuatro días.

Era una casa grande pero no resultaba ostentosa. En cuanto el taxista dejó sus cosas en el vestíbulo, Jasmine cerró la puerta y miró a su alrededor.

Varias puertas daban al vestíbulo. Jasmine abrió la primera. Se trataba de un gran salón, decorado con elegancia, con sofás cómodos y grandes ventanales en los que colgaban cortinas en tonos crema. El suelo de madera pulida estaba salpicado de alfombras persas.

Tras la siguiente puerta descubrió un comedor con no menos de veinte sillas delicadamente labradas. Las paredes eran de un profundo verde, rematadas en lo alto por una cenefa dorada.

La cocina no era grande, pero al estar pintada de blanco resultaba amplia y luminosa, y estaba equipada con electrodomésticos de última generación.

Siguió recorriendo la planta baja lentamente. Por más que sabía que Connor estaba fuera de la ciudad, le inquietaba la idea de entrar en su dormitorio.

Una gigantesca cama con una colcha color caramelo ocupaba casi toda la habitación. A la derecha, una puerta se abría al cuarto

de baño, y otra, a un vestidor. Jasmine entró y contempló la ropa de Connor colgada ordenadamente.

Tenía la sensación de estar con él en la habitación. El olor de su piel y de su aftershave flotaba en el aire. Mecánicamente, acarició una de sus camisas y se llevó una manga a la nariz para aspirar su fragancia e imaginar que la rodeaba con…

—¿Estás buscando espacio para tu ropa? —dijo la profunda voz de Connor a sus espaldas.

Jasmine se volvió tan bruscamente que la camisa cayó al suelo.

—Creía que estabas de viaje —dijo, ruborizada.

—Se ha cancelado una reunión a última hora.

—Mis cosas están abajo —balbuceó Jasmine, que de pronto sentía un calor insoportable. No sabía dónde dejarlas.

—Aquí hay sitio suficiente —Connor pasó junto a ella y empujó las perchas de una de las barras—. Ponías aquí. Mañana le pediré a la asistenta que vacíe algunos cajones.

Jasmine aprovechó para salir del vestidor. Connor la siguió y observó que parecía inquieta.

—¿Te molesta compartir el armario conmigo? —preguntó.

—No —dijo ella—. Me preocupa compartir tu cama.

—Pero eso es lo que hacen los matrimonios —dijo él, sonriendo con sorna.

—Pero éste no va a ser un matrimonio normal.

—¿Por qué?

—No quiero complicar las cosas durmiendo contigo.

—Escucha, cariño. Se van a complicar mucho más si no lo haces.

—Pero me resulta tan violento… Ni siquiera nos conocemos y no sentimos nada el uno por el otro.

—De eso no estoy tan seguro —puntualizó Connor—. Yo sí siento algo por ti.

Jasmine lo miró con frialdad.

—No me tomes el pelo. Lo único que sientes por mí es lujuria y por eso mismo te desprecio.

—¿Estás segura? —dijo él, con ojos brillantes.

—Sí —Jasmine apretó los labios—. Te desprecio por aprovecharte de un pequeño error y no haber sido capaz de quitarme de encima a los sabuesos de la prensa diciéndoles la verdad.

—Sabes perfectamente que no tengo ningún poder sobre ellos. Yo mismo los he sufrido desde que llegué a Perth y aún más cuando he aterrizado en Mascot.

—¿Por qué?

—Parece que la boda entre un conocido playboy y la hija de un obispo es una gran noticia.

Todos quieren una exclusiva. Mira afuera.

Jasmine frunció el ceño y titubeó, pero finalmente se aproximó a la ventana.

—¡Dios mío! —se volvió hacia Connor con ojos como platos—. Debe haber unos veinte periodistas.

—Lo sé —dijo él, malhumorado—. Y acabo de mandar a cada uno de ellos al infierno.

Jasmine se sentó en la cama y se retorció las manos.

—¿Qué podemos hacer?

Connor se quitó la chaqueta.

—En cuanto nos casemos se acabarán nuestros problemas.

Jasmine no estaba tan segura. Quizá la prensa los dejaría en paz, pero sus sentimientos por él eran cada vez más desconcertantes y el matrimonio iba a sumirla en una mayor confusión.

Se quedó mirándolo mientras deshacía la maleta y tragó saliva. Él volvió la vista y leyó algo en sus ojos que le hizo sonreír con malicia.

—¿Saben tus padres que vamos a vivir en pecado hasta el viernes?

Jasmine cruzó las piernas para contener el calor que sintió en la parte baja de su vientre.

—¡No digas tonterías, no vamos a vivir en pecado! —dijo, y apretó los labios.

Connor cerró la maleta vacía y la guardó en un armario antes de volverse hacia ella y apoyarse indolentemente en la pared.

—¿Por qué te asusta tanto la intimidad física?

Jasmine se obligó a mantenerle la mirada.

—No me asusta, pero prefiero no odiar a mis compañeros de cama.

—Si de verdad me odiaras, Jasmine, no hubieras insistido en que nos casara tu padre y diera un sermón sobre los siete pecados capitales —Jasmine no pudo evitar sonreír—. ¿Por cierto, cuáles

son?

Jasmine los enumeró automáticamente.

—Orgullo, ira, envidia, gula, avaricia y… —calló y lo miró de soslayo.

—¿Y?

Jasmine se levantó de un salto y fue hacia la ventana.

—No puedo quedarme encerrada el resto de la semana.

Connor se colocó detrás de ella y movió la cortina para mirar. Jasmine se estremeció al sentir el calor de su cuerpo. Él posó las manos sobre sus hombros y le hizo volverse. Jasmine sintió que le quemaban a través de la ropa.

—Si esperamos media hora más se hará de noche y podremos ir a cenar algo —dijo él, mirándola fijamente. Jasmine contuvo la respiración.

El timbre del teléfono rompió la tensión sexual que había crecido entre ellos.

—Es para ti —dijo Connor.

Jasmine tomó el auricular con mano temblorosa.

—¿Sí?

—Jasmine, soy Todd. Te necesito en la clínica. Annie, tu paciente con el niño pequeño, lleva varias horas pidiendo verte. Casey no ha venido y Rangi está en el hospital con dos intentos de suicidio. ¿Puedes venir?

Jasmine cruzó la mirada con Connor y le conmovió ver que tomaba las llaves del coche.

—Llegaré en cuanto pueda —prometió. Y colgó el teléfono.

Connor detuvo el coche delante de la clínica y se bajó a abrirle la puerta

—¿A qué hora acabarás?

—No lo sé.

—Prométeme que llamarás para que venga a buscarte.

Jasmine fue a protestar, pero la expresión de Connor era de una determinación inequívoca.

—De acuerdo —dijo al fin

Connor se despidió dándole un beso en los labios y Jasmine siguió el coche con la mirada hasta que lo perdió de vista. Se llevó los dedos a los labios y, tras acariciárselos con un hondo suspiro, entró en la clínica. Tiempo después, cada vez que se humedecía los

labios, creía saborear los labios de Connor.

En su despacho encontró a Annie Tulloch con su bebé dormido en brazos

—No he consumido nada —dijo la joven, antes de que Jasmine cerrara la puerta.

Se sentó al lado de Annie y le apretó el brazo afectuosamente.

—Sé que no lo harías por Jake. Estoy muy orgullosa de ti.

Los ojos de la joven se llenaron de lágrimas.

—Wade va a salir de la cárcel —balbuceó—, y vendrá por nosotros.

Jasmine tomó aire. La ficha policial de Wade Evert incluía tres casos de violencia doméstica y no le importaría añadir el cuarto.

—¿Qué hay del refugio para mujeres? —preguntó—. Deberías esconderte allí hasta que la policía te informe de sus movimientos.

—Ya he ido. No hay sitio para nadie. Están durmiendo en el suelo.

Jasmine se mordisqueó una uña.

—Voy a llamar a otros barrios —dijo, alargando la mano hacia el teléfono—. Encontraremos sitio para ti y para Jake.

Jasmine llamó sin demasiada esperanza. Con los recortes decretados por el gobierno, los refugios cada vez disponían de menos medios. Y la condición de drogodependiente de Annie, así como su color, jugaba en su contra.

Tras ocho intentos, colgó bruscamente. Contempló la mesa con la mirada perdida. De pronto volvió a levantar el auricular y marcó un número rápidamente.

El teléfono sonó durante unos segundos que se le hicieron eternos. Por fin alguien contestó.

—¿Papá?

—Jasmine —dijo su padre, distraído—. ¿Puedo llamarte en media hora? Estoy ocupado.

Jasmine apretó los dientes.

—No, déjalo. No era importante.

Colgó, miró a Annie y se puso en pie.

—Discúlpame unos minutos —dijo—. Tengo que hacer una llamada privada. En seguida vengo.

Annie asintió y estrechó a Jake en sus brazos.

Jasmine fue a otro despacho y llamó a Connor. Contestó a la

segunda llamada.

—¿Ya has acabado?

Jasmine pensó que sonaba muy animado para ser tan tarde, pero supuso que mientras ella llevaba todo aquel rato peleando con una pesadilla burocrática, él estaría sentado cómodamente en un sofá tomando una copa.

—No, creo que voy a pasar aquí toda la noche.

—¿Puedo ayudarte?

—No. A no ser que sepas de algún sitio en el que puedan alojarse una mujer y su bebé durante unos días.

—¿Y un hotel?

—Me temo que mi paciente no tiene dinero.

—¿Y un refugio para mujeres?

—Están todos llenos.

Hubo un silencio durante el cual Jasmine se preguntó por qué habría llamado a Connor y se dio cuenta de que había necesitado oír su voz.

—Deja que me ocupe yo —la voz de Connor la sacó de su ensimismamiento—. Te llamaré en media hora.

—No quiero implicarte —dijo Jasmine—. Es mi problema.

—Si es así, ¿por qué me has llamado?

—Yo…

El que no supiera qué contestar fue suficiente respuesta para Connor.

—Admítelo. Me has llamado porque me necesitabas.

Jasmine no estaba dispuesta a admitir que tenía razón.

—Sólo te he llamado para que no me esperaras despierto —Connor dejó escapar una risita—.

Estoy hablando en serio —insistió ella.

—Claro que sí —dijo él.

—Voy a colgar.

—Cuelga.

—Y no me llames. Estaré ocupada.

—De acuerdo.

Jasmine vaciló antes de apretar el botón para colgar.

—Y no volveré en toda la noche. Supongo que no te importa.

—¿Por qué iba a importarme?

—Porque…., pensaba que…

—Escucha, cariño —la sensual voz de Connor hizo estremecer a Jasmine—, en menos de tres días voy a pasar cada noche contigo. Sé que es difícil, pero SÍ yo puedo esperar, también podrás tú.

—¡No me refería a eso!

Connor soltó una carcajada.

—Claro que no.

—¡Vete al infierno!

—Estoy de camino. Al menos eso piensa tu padre.

—Ni siquiera en el infierno hará bastante calor como para quemarte.

—Si tú no estás en él, te aseguro que no —bromeó Connor.

Jasmine abrió la boca para replicar, pero él ya había colgado. Miró el teléfono unos segundos con la tentación de volver a llamarlo, pero un ruido procedente de su despacho le recordó sus responsabilidades.

Annie se volvió en cuanto la oyó entrar.

—¿Nos has encontrado un sitio?

—Todavía no —Jasmine alargó los brazos hacia Jake, que acababa de despertarse—. Pero no me he dado por vencida.

El bebé se acurrucó en su regazo y Jasmine aspiró el delicioso olor de su piel.

—Annie, ¿te has planteado llamar a tu madre?

El rostro de Annie se ensombreció.

—¿Para qué? Me dio en adopción cuando tenía cuatro años.

—Comprendo cómo te sientes. Pero hace años, las cosas eran mucho más difíciles que hoy en día para las madres solteras.

—Tampoco son fáciles ahora —dijo Annie, retadora.

—Lo sé, pero tu madre hizo lo que pensó que era mejor para ti.

—Puedo arreglármelas sola. Lo he hecho desde que tengo catorce años.

Jasmine suspiró. Annie era uno de los casos más tristes a los que se había enfrentado. En cuanto daba dos pasos adelante, sucedía algo que le hacia retroceder tres.

Todd le había advertido que no se implicase demasiado, que mantuviera una distancia profesional. Pero algo en Annie Tulloch le había afectado de una manera especial desde el instante que la conoció.

Jake la tiró del cabello para reclamar su atención.

—¿Es que no sabes que no se trata así a una señorita? —bromeó ella, acariciándole la barbilla.

—Desde luego que no —dijo una familiar voz de hombre desde la puerta.

Jasmine alzó la mirada y vio a Connor. En una mano sostenía una bolsa con comida y en la otra, una bandeja con bebidas calientes.

—¿Alguien quiere café? —preguntó, dando un paso adelante.

Por la manera en que Annie lo miró, fue evidente que llevaba horas sin comer.

—Tengo alitas de pollo —sacó una bolsa y se la dio a Annie, al tiempo que se presentaba—. Soy Connor, el prometido de Jasmine.

Annie miró a Jasmine con ojos como platos.

—¿Te vas a casar? Pensaba que no creías en el matrimonio.

—Ha cambiado de opinión hace muy poco, ¿verdad, cariño? —dijo Connor. Jasmine le lanzó una mirada amenazadora. Él anunció —. Por cierto, os he encontrado alojamiento.

—¿De verdad? —exclamaron Jasmine y Annie al unísono.

—Una casa como una fortaleza. Beryl Hopper lleva años ocupándose de gente que necesita ayuda. Parece una matrona, pero os advierto que es cinturón negro en artes marciales. Nadie entra si ella no quiere.

—No sé qué decir —dijo Annie, sonriendo con timidez.

—¿Dónde vive esa Beryl Hopper? —preguntó Jasmine.

—En Blue Mountains —Connor miró la hora—. No tardará en llegar.

—Tengo que preparar unos papeles y hablar con la policía para que Annie y Jake puedan marcharse.

—Haz lo que haga falta. Mientras, yo y este jovencito nos acabaremos las patatas —dijo Connor, al tiempo que tomaba a Jake en brazos.

Jasmine no pudo evitar enternecerse al pensar que parecía acostumbrado a cargar con un bebé. Hizo una llamadas y al cabo de un rato, Todd anunció la llegada de Beryl Hopper, quien, en unos minutos, instaló a Annie y al niño en el coche y se marchó con ellos.

Jasmine y Connor los despidieron desde la acera. Cuando el coche se perdió en la distancia, Jasmine se volvió a Connor.

—Muchas gracias por tu ayuda.

—No ha sido nada.

—¿Cómo conociste a Beryl Hopper?

—Era amiga de mi madre —dijo él, y sonrió con dulzura—. Siempre se ha encargado de devolverme al redil.

—Habrá tenido mucho trabajo —bromeó Jasmine.

Connor la miró fijamente.

—Pareces exhausta.

Jasmine bajó la mirada.

—Lo estoy.

—Vamos —Connor le pasó el brazo por los hombros—. Tienes que meterte en la cama.

Jasmine no protestó y durante el camino a casa, cerró los ojos para evitar pensar en sus manos y en la proximidad de sus musculosas piernas.

Poco después aparcaban delante de la casa de Connor.

—¿Quieres beber algo? —preguntó él. Al ver que Jasmine vacilaba añadió—. Será mejor que vayas directamente a la cama.

Ella hizo ademán de protestar, pero él le puso un dedo en los labios.

—Buenas noches, Jasmine —cuando ésta había alcanzado el rellano del piso superior, Connor dijo—: Si me necesitas, estaré en el cuarto de invitados.

Jasmine fue a decir que no lo necesitaría para nada, pero decidió callarse. Él entró en el despacho y cerró la puerta, y de pronto la casa pareció vacía.

Jasmine se metió en el dormitorio y un rato más tarde, cuando ya estaba en la cama, se preguntó qué sentiría si él estuviera con ella, con sus piernas entrelazadas con las suyas, sus brazos rodeándola y sus labios pegados a los de ella.

Ahuecó la almohada y cerró los ojos con fuerza, pero tardó un buen rato en conciliar el sueño.

Cuando despertó al día siguiente, encontró una nota de Connor anunciándole que tenía que ir a resolver un problema en Brisbane, pero que volvería para la boda.

Jasmine la arrugó y la tiró al suelo, indignada porque Connor fuera capaz de marcharse cuando ella acababa de darse cuenta de que lo necesitaba

Capítulo 6

A JASMINE le resultó extraño estar en una boda sin sus padres, pero después de todo, ella misma había insistido en una ceremonia impersonal, sin familiares ni amigos. Por eso mismo se había puesto un vestido corto, de un rojo rabioso. Era el vestido más apropiado para interpretar el papel de la fulana de la familia.

Pero en cuanto llegó y vio la mirada de furia que Connor le dirigía se sintió incómoda. Era evidente que estaba enfadado con ella, y que su enfado se acumularía por no poder expresarlo hasta que estuvieran a solas.

La noche anterior se había marchado de casa de Connor, dejándole una nota para cuando regresara de su viaje, en la que le informaba de que dormiría en casa de unos amigos. En realidad había alquilado una habitación en un hotel barato y había pasado las horas comiendo chocolatinas y diciéndose que todavía estaba a tiempo de cancelar la boda.

Pero no lo había hecho. Y seguía sin saber por qué.

Cuando el funcionario dio permiso para besar a la novia, a Jasmine le desconcertó que Connor la besara apasionadamente y le recordó que se había unido a un hombre al que apenas conocía y con un extraño poder sobre ella.

En cuanto salieron del juzgado se vieron rodeados por una nube de fotógrafos que los siguió hasta el coche. Los lentes de sus cámaras se pegaron a los cristales para intentar conseguir una última fotografía.

Hubo un silencio tenso hasta que se adentraron entre el tráfico.

—Espero que tengas una buena excusa —dijo Connor al fin.

—No tengo por qué dar ninguna explicación.

—Puede que no. Pero me gustaría saber qué van a pensar tus

padres cuando mañana aparezca tu fotografía con ese vestido tan poco apropiado.

Jasmine apretó los labios.

—No tengo mucha ropa. Y éste es mi mejor vestido.

Connor la miró con desesperación.

—¿Por qué no me los has dicho? Podría haberte comprado algo. Eres una mujer verdaderamente complicada.

Jasmine se cruzó de brazos.

—No necesitabas casarte conmigo para llegar a esa conclusión.

La risa de Connor rompió la tensión.

—Supongo que tienes razón.

—Entonces, ¿por qué lo has hecho? —Jasmine se giró para mirarlo de frente.

Connor tardó en responder.

—Me parecía una buena idea.

—¿Y ahora? —Jasmine le sostuvo la mirada.

—También —Connor aceleró—. Y ahora que hemos aclarado las cosas, vamos a disfrutar.

Jasmine no quiso preguntar a qué se refería pero creía intuirlo.

Cuando vio que no tomaba el desvío hacia su casa, lo miró de soslayo.

—¿Dónde vamos?

—Quiero enseñarte algo. Le he pedido a la asistenta que preparara una bolsa con tus cosas.

Jasmine no sabía qué la irritaba más, si el hecho de que una desconocida tocara sus cosas o que Connor no le hubiera comunicado sus planes para el fin de semana.

—Podía haberlo hecho yo misma —dijo.

—No te preocupes, no volverá a suceder.

—Si crees que va a cambiar algo porque me compres ropa, estás muy equivocado. Cuando necesite renovar mi vestuario, me ocuparé yo misma.

—¿Con qué dinero? —Connor le lanzó una mirada retadora.

—Tengo lo que necesito.

—Vives como si fueras pobre. ¿Es sólo para acentuar las diferencias entre tú y tu familia?

Jasmine se tensó.

—Eso es absurdo. No veo la necesidad de usar ropa cara cuando

hay niños que no tienen qué comer.

—Si esos niños gastaran menos en bebida y en drogas, podrían encontrar un lugar en el que vivir.

Jasmine lo miró despectivamente.

—¡Qué burgués! ¡El niño que nació con una cuchara de plata en la boca!

—Cuidado con lo que dices —le advirtió él.

—La gente como tú me repugna —siguió ella, perdiendo el control—. Jamás te has tenido que preocupar por buscar comida y sin embargo te atreves a criticar a aquellos que no tienen nada, ni siquiera el afecto de sus padres…

Se calló en cuanto fue consciente de lo que acababa de decir. Connor no tenía padres desde los cuatro años y era evidente que le había faltado cariño.

—Lo siento —masculló—. He hablado sin pensar.

—No te preocupes —dijo él, sin mirarla.

Connor adelantó a cuatro coches seguidos con expresión impasible, pero Jasmine observó que apretaba el volante con fuerza y se sintió fatal.

Guardó silencio mientras pensaba cómo disculparse. Estaba acostumbrada a que Connor bromeara, pero no a su ira. Y hubiera dado cualquier cosa para que alguien le aconsejara cómo actuar.

Pasada media hora empezó a sospechar dónde la llevaba. Iban rumbo a Pelican Head.

Dejaron a un lado la casita de la amiga de su madre y tomaron un desvío que conducía a una gran casa victoriana. Jasmine había pasado junto a ella en numerosas ocasiones, con la sensación de que estaba habitada por fantasmas que la contemplaban a través de las ventanas. Jamás hubiera imaginado que algún día entraría en ella con su marido.

—Voy a meter las bolsas. ¿Quieres ir a dar un paseo? —preguntó Connor.

—Muy bien —dijo ella, esquivando su mirada. Una vez más, la desconcertaba que pudiera leer su mente. Lo que necesitaba en aquel instante era estar a solas. Se quitó los tacones y se puso unas deportivas.

Connor entró en la casa mientras ella respiraba el aire fresco, perfumado por los eucaliptos que rodeaban la casa.

Se alejó y caminó hacia el arroyo. El murmullo del agua deslizándose sobre las rocas la calmó. Sus dedos acariciaron el agua y aspiró con placer el aroma a musgo y a humedad que tanto le gustaba.

Aquél era el primer día de su vida de casada. Giró la alianza en su dedo y se preguntó cuánto tiempo la llevaría puesta.

Casarse para contentar a sus padres y para que su marido consiguiera el dinero de su madre parecían dos motivos muy poco comunes. Pero nada en su vida lo era. Siempre había sido distinta a su familia. Incluso su aspecto era diferente. Y cuanto más tiempo pasaba, más se sentía como la pieza de un rompecabezas incompleto.

Anochecía cuando inició el camino de regreso.

Connor había encendido algunas luces en la casa y resultaba menos fantasmagórica. De hecho Jasmine pensó que parecía viva, como si todos aquellos años hubiera estado esperando a ser habitada.

Cuando llegó a la puerta, Connor la abrió y Jasmine dio un salto atrás.

—Parece que has visto un fantasma —dijo él.

Jasmine ocultó su turbación tras indiferencia

—No creo en la vida después de la muerte —dijo, e intentó pasar, pero Connor le bloqueó la entrada.

—¿No deberías cruzar el umbral en mis brazos? —dijo, con ojos maliciosos.

Jasmine lo miró con frialdad.

—¿Y tú no debes amarme y protegerme hasta que la muerte nos separe?

Connor cambió de expresión y dejó caer los brazos.

—Lo que yo sienta por ti es lo de menos. Es mucho más importante lo que tú sientas por ti misma.

Jasmine lo miró desconcertada, pero se protegió con su habitual sarcasmo.

—Aunque los dos nos arrepintamos, lo cierto es que eres mi marido, no mi psicoanalista.

—Entonces tengo que hacer lo que debo —y sin esperar respuesta, Connor la tomó en brazos y la metió en la casa.

Jasmine se retorció y protestó, pero Connor, en lugar de hacerle

caso, la besó. Y Jasmine dejó de luchar con él para luchar consigo misma y tratar de controlar el fuego que amenazaba con quemar su interior. Cada poro de su piel respondió a aquel beso, cada rincón de su cuerpo fue alcanzado por el calor de su llama. El deseo de sentir a Connor dentro de ella se hizo casi doloroso.

Sus brazos se aferraron a su cuello, asiéndose a él como a un salvavidas que pudiera rescatarla de aquella tormenta de pasión desbocada.

Sintió que Connor la dejaba en el suelo, haciéndola descender pegada a su cuerpo, apretando contra ella su sexo endurecido para no dejarle duda de que la deseaba.

Pero de pronto alzó la cabeza y Jasmine entreabrió los ojos y vio que la miraba intensamente, con una expresión indefinible que no pudo sostener.

Se apartó de él y puso unos metros de distancia entre ellos. Cada vez que la tocaba perdía el sentido. Un solo beso bastaba para hacerla enloquecer.

Miró a su alrededor para evitar su seductora sonrisa.

—¿Qué vas a hacer con esta casa? —preguntó, al tiempo que tocaba la pintura desconchada de las paredes.

—Esperaba que tú me aconsejaras. Suponía que habrías estado aquí alguna vez y que me sugerirías algo.

—No había venido nunca.

—¡Qué poco sociable!

—Cuando venía a Pelican Head, lo último que quería era ver a gente. Además, se decía que la persona que vivía aquí prefería estar sola.

—¿Nunca sentiste curiosidad?

—No. Yo respeto el derecho a la intimidad de los demás —mintió Jasmine. La verdad era que sí había sentido una enorme curiosidad, pero por una mezcla de respeto y de falta de tiempo, nunca había hecho ninguna averiguación—. Lo que está claro es que no se han ocupado de conservarla.

—Eso es verdad, pero me gusta enfrentarme a retos —Connor se acercó hacia la estantería en la que había montones de libros desordenados y cubiertos de polvo—, Al verla, pensé que necesitaba un poco de atención y, como a ti, me atrajo la sensación de soledad que transmitía.

Jasmine lo miró desde el otro lado de la habitación y sus miradas se encontraron. De pronto se dio cuenta de que en realidad no sabía nada de su trabajo ni de sus preocupaciones cotidianas.

—¿Te gusta tu trabajo? —preguntó bruscamente.

—Paga las facturas —dijo él—. ¿Y a ti el tuyo? ¿Alguna vez piensas en dejar la clínica y hacer algo menos exigente?

—No.

Connor la miró fijamente.

—Estás obsesionada con que te necesiten, ¿verdad? Por eso trabajas a cambio de nada.

—Lo que yo cobre no es asunto tuyo —Jasmine esquivó su penetrante mirada y tomó un libro de la estantería—. ¿Qué te hizo comprar esta casa?

Aun sin mirar, percibió que Connor se encogía de hombros.

—Me atrajo su misterio.

En aquel instante, las luces parpadearon, se apagaron y se encendieron de nuevo en cuestión de segundos. Jasmine se estremeció.

—¿Tienes miedo? —preguntó Connor, esbozando una sonrisa.

—¡Claro que no! —exclamó Jasmine con rotundidad. Pero al oírse un trueno en la distancia dio un respingo.

Connor se acercó a ella y le acarició la mejilla.

—¿A qué temes, a los rayos o a los truenos? —preguntó, con voz de terciopelo.

—No me gustan las tormentas porque son impredecibles —Jasmine tragó saliva—. Nunca sabes cuándo van a caer, y de pronto, están sobre ti.

—¿Como cuando te enamoras?

—No lo sé. ¿Qué sabes tú del amor? A los play—boys sólo les importa lo físico.

—Hasta los playboys se enamoran alguna vez —dijo él con dulzura.

Jasmine miró al suelo.

—¿Cuántas veces te has enamorado? —preguntó con fingida indiferencia.

—No las bastantes como para ser un experto.

Jasmine no supo por qué aquella respuesta la desilusionó.

—¿Y tú? —preguntó él.

Jasmine estaba preparando una respuesta evasiva cuando un rayo iluminó la habitación, seguido de un trueno que hizo temblar la casa. De un salto se refugió en los brazos de Connor en el preciso momento en que la luz, tras parpadear, se apagaba definitivamente, dejándolos a oscuras.

—Tranquila —dijo él, acariciándole la cabeza—. Pasará en unos minutos.

—¿Tienes una linterna? —preguntó ella, inquieta, al tiempo que alzaba la mirada hacia Connor.

Él la contemplaba con ojos llenos de ternura, y Jasmine fue súbitamente consciente de sus dos cuerpos en contacto en medio de aquella vieja casa llena de recuerdos.

—No tenemos linterna —dijo él.

—¿Y velas?

Connor sacudió la cabeza.

—Pero he puesto leños en la chimenea. Y tengo cerillas.

—¡Menos mal! —dijo ella, con un escalofrío—. Pensaba que teníamos un serio problema.

Hubo una peculiar pausa.

—Y lo tenemos —dijo él.

—¿Qué tipo de problema? —Jasmine lo miró con inquietud.

—Éste —respondió Connor. E inclinó la cabeza hacia ella.

Capítulo 7

UN NUEVO rayo seguido de un trueno sacudieron la casa, pero Jasmine no les prestó atención porque estaba perdida en la tormenta que había estallado en su interior en cuanto la lengua de Connor entró en su boca.

Fue arrastrada por la ola de deseo que palpitaba entre ellos, un deseo que le hacía actuar de una manera que no reconocía, como si la dominaran fuerzas incontrolables. Sus manos buscaron el cabello de Connor, sus gemidos llenaron el silencio de la habitación a medida que Connor dejaba un rastro de besos sobre su cuello. Sabía que iba camino de la perdición, pero no quería evitarlo. Oyó el sonido de la cremallera de su vestido y lo sintió caer a sus pies. Los ojos de Connor la quemaban incluso en la oscuridad.

—Voy a encender el fuego —dijo él, en un susurro.

Jasmine estuvo a punto de decirle que ya lo había hecho, que todo su cuerpo ardía. Pero guardó silencio y le observó buscar una caja de cerillas sobre la repisa de la chimenea.

La llama de la cerilla iluminó levemente el rostro varonil de Connor. Se agachó y la aplicó al montón de madera con una destreza que Jasmine pensó se debía a haber hecho aquel mismo gesto en cientos de ocasiones con cientos de mujeres.

Connor se acercó a ella, pero Jasmine interpuso el sofá entre ambos. El fuego lo iluminaba desde detrás y le hacía parecer aún más alto de lo que era. Sus ojos abrasadores la recorrieron de la cabeza a los pies.

—¿Has cambiado de idea? —preguntó él con sorna.

Jasmine alzó la barbilla.

—No tomo la píldora.

—Tengo un preservativo.

—¿Sólo uno? —dijo Jasmine, sarcástica—. Hubiera imaginado que tendrías de todos los gustos y colores.

—Me gusta agradar —dijo él, intentando acercarse.

Jasmine apartó la mirada y rodeó el sofá para evitar que la alcanzara.

—¿Quieres dejar de seguirme? Déjame en paz o grito.

Connor arqueó una ceja con expresión divertida.

—¿Quién crees que va a oírte? ¿Dios?

—Te aseguro que si gritara, me oirían.

—Así que te gusta gritar —dijo él, insinuante, recorriéndola una vez más con la mirada.

Jasmine se ruborizó. Hubiera dado cualquier cosa por poder vestirse.

Como si tuviera telepatía, Connor se inclinó y al incorporarse, sostenía su vestido entre los dedos.

—¿Buscas esto?

Jasmine apretó los labios.

—Tengo frío.

—Aquí hay un fuego magnífico —dijo él, señalando con la barbilla por encima de su hombro.

Jasmine pasó por alto el comentario.

—Dámelo —ordenó.

—Ven por él —respondió Connor.

Jasmine contuvo el aliento al ver su mirada retadora y, de un rápido movimiento, le quitó el vestido de la manos. Tras volverse de espaldas, se lo puso y se giró de nuevo hacia él con gesto desafiante.

—Si crees que vas a seducirme, estás muy equivocado. No pienso ser el juguete de ningún hombre.

—No se me había pasado por la cabeza —Connor se agachó para atizar el fuego—. No temas que vaya a saltar sobre ti y a forzarte. No es mi estilo.

—No —Jasmine apretó los puños—. Tu estilo es como el de una serpiente, que busca el momento en que su víctima baja la guardia.

—¿Quieres decir que te has sentido tentada? —Connor la miró por encima del hombro.

—¡No! —protestó Jasmine. Por cómo la miraba, era evidente que Connor no la creía. Ella añadió—. No me interesan las

relaciones de un día.

—Nuestra relación no entra en esa categoría —dijo él con sorna—. Después de todo ya hemos dormido juntos y estamos casados.

—¿Estás disfrutando, verdad? —dijo ella—. Te divierte hacer que me sienta incómoda.

—No puedo negar que me parece un tanto cómico.

—¿Cómico? —casi gritó Jasmine—. ¿De verdad crees que tiene gracia encerrarme contigo en este mausoleo durante un fin de semana?

—No es más que una casa a la que le falta hacerla agradable —dijo Connor—. Pero para cuando la redecoremos, habremos ahuyentado a los fantasmas.

En lugar de contestar, Jasmine se dio media vuelta y posó sus ojos en el primer objeto que vio. Se trataba de un escritorio delicadamente tallado y en perfecto estado de conservación, que no parecía pertenecer a la casa.

—Es un mueble muy bonito —le llegó la voz de Connor—. Lo compré la semana pasada en una subasta.

Jasmine no quiso alabarle el gusto.

—He comprado algunos muebles más. Los traerán el martes.

Jasmine se volvió hacia él.

—¿Vamos a quedarnos hasta el martes?

—Ya sé que es una luna de miel muy corta, pero espero que nos sirva para conocernos mejor.

—Para eso necesitaríamos un siglo —Jasmine pasó a su lado con brusquedad para aproximarse al fuego—. Además, no tengo el menor interés en conocerte.

—Antes de que nos marchemos, me conocerás muy bien.

—No me interesa conocerte. No me gustas.

—A ti no te gusta nadie porque no te gustas a ti misma.

Jasmine puso los ojos en blanco.

—En lugar de jugar a doctor Freud, deberías pensar en cómo sacarnos del lío en que nos has metido.

—Fuiste tú quien entró en mi dormitorio.

—¿Y voy a tener que pagar toda mi vida por un pequeño error?

Connor se encogió de hombros.

—Tú sabrás. Yo preferiría convertirlo en un lío divertido.

—Y yo prefiero morirme a pasarlo bien contigo.

Connor arqueó las cejas.

—Ten cuidado. Una mentira como ésa puede atraer la tormenta.

Justo en aquel instante se oyó un trueno en la distancia. Connor le guiñó un ojo y Jasmine se volvió bruscamente hacia el fuego.

—¿Te apetece comer algo? —preguntó él.

—¿Cómo vamos a cocinar sin electricidad?

Las luces parpadearon un par de veces antes de quedarse encendidas, y Jasmine llegó a preguntarse si Connor no habría planeado toda la escena. Él leyó en su rostro lo que pensaba y sonrió.

—Vamos a ver qué hay en la cocina.

Jasmine lo siguió a cierta distancia.

—¿Quieres una copa de vino? —Connor sacó una botella de la nevera y se la mostró.

Jasmine no acostumbraba a beber, pero pensó que un poco de alcohol le sentaría bien.

—Sí, gracias.

Connor sirvió dos copas y, pasándole una, brindó:

—Por un feliz matrimonio —y dio un generoso sorbo. En lugar de beber, Jasmine se quedó mirando su copa—. La idea es que lo bebas, no que se evapore —bromeó él.

Jasmine, irritada, bebió la copa de un trago y la dejó sobre la mesa mientras miraba a Connor con expresión retadora.

—¿Otra? —preguntó él.

—¿Por qué no? —Jasmine le acercó la copa.

Tras llenar las dos, Connor se apoyó en la nevera y miró a Jasmine detenidamente.

—No es bueno beber con el estómago vacío —comentó.

—No me va a pasar nada —Jasmine vació la copa de tres tragos.

Connor apretó los labios y giró la suya entre los dedos.

—Por la mañana te arrepentirás. —¿Y qué? —dijo Jasmine, con los ojos brillantes—. Prefiero esto a dejarme seducir por ti.

—No tengo intención de seducirte. Sólo haremos el amor cuando lo desees tanto que no puedas resistirlo.

—Uno siempre puede resistirse. —Ese tono tan moralista es más propio de tu padre. Creía que eras la oveja negra de la familia. Jasmine se sirvió otra copa antes de responder. —No te confundas.

Aunque no comparta sus creencias, mis padres me importan

mucho. No me hagas decir lo que no quiero. —No lo olvidaré. —Más te vale.

A Jasmine le alivió que Connor se entretuviera sacando algo de comer para los dos. Sabía que había bebido demasiado y que debía tener cuidado con sus palabras.

—¿Qué te parece un poco de salmón y una ensalada?

—Muy bien.

Connor llevó la comida a una mesa que ocupaba el centro de la habitación. Jasmine tomó asiento y él se sentó frente a ella.

—¿Quieres más vino? —preguntó él, mirándola fijamente.

—¿Por qué no?

Connor le sirvió una copa y dejó la suya vacía.

Jasmine se puso a comer con desgana. Tenía un nudo en el estómago desde por la mañana y no sentía el menor apetito. Sólo al firmar el certificado de matrimonio se había dado cuenta realmente de lo que estaba haciendo y de que aquel papel no era más que la prueba tangible de que sus deseos nunca llegarían a cumplirse.

—No pareces hambrienta —comentó Connor. —Lo siento, es que he desayunado mucho.

Connor la observó con la cabeza ladeada. Su cabello estaba alborotado y Jasmine sintió un cosquilleó en los dedos al tratar de imaginar qué sentiría si se lo acariciaba. Para controlarse, apretó los puños sobre el regazo.

—¿Puedo llamar por teléfono? Tengo que avisar a la clínica de que voy a faltar.

—Ya he llamado yo.

Jasmine apretó los dientes.

—No tenías ningún derecho a hacerlo —dijo, en tono irritado.

Connor la clavó en el asiento con la mirada.

—Tengo todo el derecho a conseguir que tengas la luna de miel que te mereces.

Jasmine se puso en pie de un salto.

—¿Acaso te crees que puedes decidir por mí? —exclamó, agitada.

—Jasmine… —dijo él, en un tono conciliador que la sacó de sus casillas.

—Jasmine… —repitió ella, imitando su tono de voz. Al ver que Connor sonreía dio un puntapié al suelo—. No te rías de mí.

Connor se puso en pie sin apartar la mirada de ella.

—Será mejor que te vayas a la cama —dijo con la severidad que usaría un padre con un niño cansado—. Pareces un poco alterada.

—¿Alterada? ¿Por qué iba a alterarme que me trajeras a una mansión destartalada con la velada intención de quitarme la ropa interior?

Connor arqueó las cejas con asombro.

—Está claro que el alcohol te desinhibe.

Jasmine ya no podía dar marcha atrás. Se levantó de la silla bruscamente, sin preocuparle que, al hacerlo, las dos copas rodaran por la mesa y derramaran el vino. La de Connor cayó al suelo y se hizo añicos a sus pies.

El silencio que siguió al ruido del cristal y la manera en la que Connor miró a Jasmine no dejó lugar a dobles interpretaciones.

—No tenías por qué hacer eso —dijo él tras una interminable pausa, con expresión sombría.

—Me da lo mismo —dijo ella, retadora—. Te lo mereces. Ojalá hubiera sido vino tinto y te hubiera machado los pantalones.

—De haber sido vino tinto, ahora mismo estarías en el suelo y yo sobre ti, reclamando el derecho que me corresponde como marido.

Jasmine abrió los ojos ante la crudeza de aquel comentario y se vio asaltada por una sucesión de imágenes: el cuerpo de Connor sobre ella, iluminado por la hoguera, prendiendo una en su interior. Ella reclamando que la invadiera, que sus fluidos estallaran en lo más íntimo de su ser…

—Tengo que recordar que no debo beber nunca contigo —bromeó, en un intento de relajar la atmósfera.

Connor no parecía dispuesto a ceder.

—Cuando limpies y recojas te enseñaré dónde vamos a dormir —y antes de que Jasmine pudiera reaccionar, salió de la habitación y cerró la puerta.

Jasmine se quedó mirando el desastre que había causado, pero no estaba dispuesta a sentirse avergonzada. Connor se lo tenía merecido. ¡Ella iba a enseñarle unas cuantas cosas!

Tomó un escobón y barrió. Después aclaró los platos y los dejó en el fregadero. No pensaba convertirse en su esclava.

Cuando acabó, salió de la cocina con paso firme, decidida a

dejarle muy claro que no pensaba dormir en la misma cama que él ni aunque fuera la única del planeta.

Connor estaba en el dormitorio principal, una habitación acogedora, con grandes ventanales que daban a la bahía. Una enorme cama ocupaba casi todo el espacio.

Connor se volvió al oírla entrar.

—No pienso dormir contigo —anunció ella, con un dramático gesto de la mano.

—Muy bien.

Jasmine no consiguió averiguar qué se ocultaba tras la inescrutable expresión de su rostro.

—No puedo hacerlo. No puedo, —dijo, abriendo y cerrando los puños con nerviosismo.

—Lo comprendo

Jasmine apretó los labios. Temía decir más de lo que quería.

—Yo dormiré en el sofá —dijo él con calma

Jasmine se humedeció los labios.

—Eres muy amable. Gracias —balbuceó.

—No hay de qué —Connor tomó su neceser y su albornoz y salió, dejándola sola en medio de la habitación.

Jasmine se quedó mirando la puerta con el ceño fruncido. Sabía que no debía sentirse desilusionada, pero lo cierto era que lo estaba.

Se dejó caer sobre la cama y del colchón se elevó una nube de polvo que le hizo estornudar.

—¡Vaya luna de miel! —masculló. Estornudó de nuevo y sintió un picor en los ojos

No estaba dispuesta a. consentirlo. Se quitó los zapatos y bajó las escaleras. Iba a aclararle a Connor un par de cosas.

Abrió la puerta del salón y se quedó paralizada. Connor estaba completamente desnudo delante del sofá.

—¿Necesitas algo? —preguntó con una indiferencia que Jasmine supuso había adquirido tras estar desnudo delante de cientos de mujeres—. ¿La cama no te resulta cómoda?

Jasmine tragó saliva.

—No, digo sí. El problema es que soy alérgica.

—¿Alérgica? —Connor arqueó las cejas.

—He estornudado.

—Eso no significa nada.

—Dos veces —se apresuró a decir Jasmine—. Y me lloran los ojos.

—Desde aquí no te los veo.

Jasmine cruzó la habitación y se plantó ante él.

—Mira —dijo, pestañeando—. Los tengo rojos

—A mí no me lo parece —dijo él, y sacudió la cabeza—. Creo que exageras.

—¿Exagerar? —exclamó Jasmine—. No voy a dormir en toda la noche por tu culpa.

—Por primera vez estamos de acuerdo.

Cuando Jasmine comprendió la insinuación se ruborizó hasta la raíz del cabello. Se volvió rápidamente, pero al dar un paso tropezó con la alfombra. Connor la sujetó y su espalda quedó apretada contra su musculoso pecho.

—Ten cuidado, Jasmine —le susurró él al oído con una voz aterciopelada que la derritió por dentro—. Con todo lo que has bebido puedes hacer cosas de las que luego te arrepientas.

Jasmine se volvió instintivamente.

—Te equivocas si crees que estoy borracha.

—No he dicho que lo estuvieras.

—Lo has insinuado. Te he dicho miles de veces que no te rías de mí.

—Te aseguro que no me estoy riendo —dijo él, insinuante.

Jasmine sintió la entrepierna de Connor apretada contra su vientre y su deseo reflejado en la intensidad de su mirada. Más tarde no recordaría quién hizo el primer movimiento, pero lo cierto fue que sus bocas se encontraron y ella dejó caer todas las barreras en cuanto la lengua de Connor se abrió camino entre sus labios.

Todo su cuerpo se entregó a aquella sensación. Sintió la humedad de su néctar entre las piernas y supo que ya no podría resistirse. Aceptaría lo inevitable y Connor perdería el interés por ella en cuanto viera lo poco apasionada que era su respuesta.

Él la tumbó en el suelo con una delicadeza que la sorprendió y le quitó lentamente la ropa.

Su boca mordisqueó y besó sus pezones hasta hacerla retorcerse de placer. Después él se deslizó hacia abajo y le bajó las medias antes de aproximar su boca a su lugar más íntimo. Jasmine contuvo la respiración y se tensó imperceptiblemente.

Connor posó la palma de la mano sobre su vientre para relajarla, y el calor de su mano la atravesó hasta alcanzar su cueva más profunda.

—Confía en mí, Jasmine —susurró él contra los delicados pliegues de su piel.

Jasmine cerró los ojos y se dejó llevar por las sensaciones mientras él la exploraba con delicadeza. Cuando encontró el punto que buscaba, ella dejó escapar el aire con fuerza y hundió los dedos en su cabello oscuro, al tiempo que todo su cuerpo era recorrido por un espasmo.

Apretó los labios para controlar los gemidos que escapaban de su garganta, pero no lo consiguió. No tenía poder sobre su cuerpo.

Connor apoyó los codos a ambos lados de ella y se deslizó hacia arriba. Ella sintió su sexo erecto y deseó tocárselo, pero cuando alargó la mano él la detuvo.

—Tengo que protegerte —dijo y, separándose de ella, sacó del neceser un pequeño cuadrado de papel metálico, lo abrió con destreza y se puso el preservativo con una sensualidad que hizo olvidar a Jasmine las mujeres que le habían visto hacer aquel gesto con anterioridad. Todo le daba lo mismo. Sólo quería sentirlo en su interior.

Connor se colocó sobre ella y con un movimiento, la penetró suavemente, a la vez que suspiraba de placer.

—¿Te hago daño? —musitó contra sus labios.

—No —replicó ella, absorbiendo su aliento.

Connor se meció dentro de ella con lentitud, adentrándose cada vez un poco más, acelerando sus movimientos imperceptiblemente. Jasmine no daba crédito a lo que su cuerpo estaba experimentando. No tenía nada que ver con su primera vez, cuando apenas había conseguido excitarse ni excitar al chico que tenía fama de ser el conquistador del colegio. Connor estaba consiguiendo que su cuerpo respondiera como nunca había imaginado. Una oleada tras otra la sacudían por dentro, cada una con mayor intensidad que la anterior. Se oyó a sí misma gritar al alcanzar de nuevo el punto álgido del placer, y se dejó arrastrar por las sensaciones, abandonándose deliciosamente, hasta quedar extenuada.

Aún no había recuperado el sentido cuando la respiración jadeante de Connor se convirtió en un profundo y prolongado

gemido, al tiempo que su cuerpo se tensaba primero para acabar completamente relajado, y casi colapsar sobre ella.

Ninguno de los dos parecía poder moverse. Jasmine apenas se atrevió a respirar por miedo a que su inexperiencia rompiera la magia del momento. De pronto se sintió asaltada por la duda y Connor se dio cuenta de que algo iba mal. Rodó sobre un costado y la observó atentamente mientras deslizaba un dedo por sus senos. Jasmine contuvo el aliento cuando alcanzó un pezón.

—¿Te gusta? —preguntó él.

Ella no dijo nada, pero su cuerpo respondió por ella y Connor le acarició el otro pezón.

Jasmine le intrigaba. Ninguna mujer le había excitado tanto como ella. La había deseado en cuanto la vio por primera vez y sus miradas despectivas sólo habían contribuido a aumentar su deseo. Y una vez que la había poseído, se dio cuenta de que quería que fuera suya para siempre.

¿Quién reconocería al playboy que se jactaba de ser? Una sonrisa bailó en sus labios.

—Tengo que ir al cuarto de baño —dijo Jasmine con una frialdad desconcertante dada la intimidad que acababan de compartir, pero que no sorprendió a Connor.

La dejó ir. Ella suspiró profundamente y se incorporó. Tomó el vestido y se lo llevó al pecho sin saber qué decir. Darle las gracias por aquella lección de sensualidad resultaba ridículo. Se mordió el labio.

Connor se puso en pie y le pasó su albornoz.

—Toma —dijo—. Hará frío en el baño.

Jasmine le dio las gracias y se lo puso. No comprendía qué le pasaba y por qué no era capaz de disfrutar de lo que acababa de pasar sin darle mayor importancia. Era una estupidez pretender que Connor quisiera algo más que una apasionada relación física.

Con un suspiro de resignación, dejó la habitación sin volverse. Pero sintió la mirada de Connor clavada en su espalda.

Capítulo 8

JASMINE se dio una larga ducha. Al mirarse en el espejo le sorprendió lo distinta que parecía. Tenía las pupilas dilatadas, como si hubiera despertado de un sueño profundo y sus labios estaban levemente hinchados. Apretó las piernas y pudo sentir a Connor en su interior. Podía olerlo en su piel, como si hubiera dejado en ella una marca indeleble. Estaba segura de que ningún otro hombre podría hacerle sentir de aquella manera. El problema era que ella no era más que una de tantas para él.

Desde el primer instante algo le había advertido que debía protegerse de él. Que era la personificación del peligro. Pero nada había podido evitar lo inevitable.

Cuando volvió al salón, Connor estaba desnudo delante del fuego. Se volvió y le sonrió.

—¿Te alegras de verme? —bromeó ella, coqueteando por primera vez.

Sus ojos se clavaron en los de ella.

—¿Tú qué crees?

Jasmine deslizó la mirada por su cuerpo y se ruborizó al ver la prueba física de su implícita afirmación.

—Yo diría que sí —se atrevió a decir, devolviéndole la sonrisa.

Connor se acercó a ella y enredó el dedo en un mechón de su cabello. Jasmine se acercó a él como atraída por un imán.

—Yo diría que no cabe la menor duda —susurró él, pegando sus labios a los de ella.

En cuanto le mordisqueó el labio inferior, Jasmine perdió la noción del tiempo y del espacio.

La lengua de Connor exploró las profundidades de su boca y la dejó sin respiración.

Llevada por un impulso irresistible, se frotó contra él, y su cuerpo buscó la dureza de su erección. Connor la arrastró al suelo con él y entró en ella como una espada en su funda. Jasmine dejó escapar el aire de golpe, sorprendida y halagada ante aquella prueba de su palpitante necesidad por ella. Y de pronto tuvo la certeza de que lo amaba y no comprendió cómo no se había dado cuenta hasta aquel instante. La había conquistado a base de ternura. Una a una había derribado sus defensas y destruido la fortaleza que hasta entonces le había servido de escondite.

Prefirió no recordar que el suyo no era más que un matrimonio de conveniencia. Y por primera vez en su vida decidió que quería vivir el momento, soñar aun sabiendo que al despertar estaría sumida en una espantosa pesadilla.

Connor percibió la urgencia de su deseo. Jasmine recorrió su espalda con sus menudos dedos, los hundió en su cabello y clavó las uñas en su piel, haciéndole enloquecer. Connor supo que no podría contenerse, pero no le importó porque estaba seguro de que ella lo seguiría con cada empuje, con cada impulso, arqueándose para que sus cuerpos permanecieran en contacto.

Dejó de pensar para sólo sentir. Percibió el momento en el que Jasmine alcanzó el clímax porque su interior se contrajo y apretó su sexo, arrastrándolo de una sola oleada a un lugar en el que sus dos alientos fueron uno. La violencia de su explosión lo tomó por sorpresa, su cabeza estalló y su mente se llenó con los colores de un calidoscopio. La respiración entrecortada de Jasmine era lo único que escuchaba, sólo importaban sus senos subiendo y bajando contra su pecho. Sus labios no querían despegarse de los de ella.

—Tienes unos pechos maravillosos —dijo él.

Jasmine no supo qué decir,

—¿Por qué has mentido? —añadió él.

—¿Mentir? —Jasmine lo miró desconcertada.

Connor le acarició la mejilla.

—Me refiero a tu papel de chica mala y experimentada —dijo, con una sonrisa.

Jasmine tragó saliva.

—¿Tanto se nota? —Connor asintió—. ¿Tan mal lo he hecho? —preguntó ella, ruborizándose.

Connor volvió a sonreír.

—¿Cómo puedes preguntar eso después de lo que acaba de pasar entre nosotros?

—No soy una experta —dijo ella—. Supongo que lo has notado.

—Eres una mujer increíblemente atractiva, Jasmine —dijo él—. Consigues que pierda el control, y eso no me había pasado nunca.

—Lo siento.

Connor soltó una carcajada.

—Y además me haces reír. Y eso sí que me excita.

—¿De verdad? —Jasmine se humedeció los labios. Connor siguió el movimiento de su lengua al tiempo que iba agachando la cabeza hacia ella.

—Te aseguro que sí —dijo, antes de besarla.

Hicieron el amor lenta y pausadamente, y en aquella ocasión Jasmine creyó alcanzar una dimensión sensorial nueva. Su cuerpo se fundió en el calor de la pasión y tuvo la convicción de que sólo alcanzaría la plenitud en brazos de Connor.

Cuando la tormenta que devoraba sus cuerpos se apaciguó, Connor le besó la punta de la nariz, se puso en pie de un salto, tomó unos almohadones del sofá y los colocó delante de Jasmine para que se tumbara frente al fuego. Luego, tras sacar una manta, se echó a su lado, y la usó para tapar sus cuerpos.

Permanecieron en silencio, contemplando el fuego y Jasmine pensó que nunca había encontrado tan erótico el crepitar de las llamas.

Connor se incorporó lo bastante como para mirarla a los ojos.

—¿En qué momento del ciclo estás?

Jasmine tardó en comprender.

—Me va a venir en cualquier momento —se oyó decir.

Connor no ocultó su alivio.

—Sólo me he puesto preservativo la primera vez —frunció el ceño—. Me he dejado llevar y te he podido dejar embarazada.

—No va a pasar nada —dijo ella, confiando en que así fuera.

Connor sonrió.

—O tal vez sí. Encuentros como éste pueden cambiarte la vida —dijo, y le acarició la mejilla.

Jasmine estuvo a punto de decirle que la suya ya había sido transformada, pero calló.

Connor estudió su rostro unos segundos antes de besarla y

tumbarse de nuevo, pegado a ella, con el brazo sobre su cintura.

—Vamos a dormir —musitó al oído de Jasmine.

Ella cerró los ojos y se concentró en el sonido de la respiración de Connor. En pocos segundos se ralentizó y se hizo más profunda. Ella permaneció con la cabeza apoyada contra su pecho, aspirando el aroma de su piel y preguntándose si a la mañana siguiente seguirían el uno en brazos del otro.

Jasmine se despertó y oyó a Connor moverse por la casa. Al levantarse, sintió agujetas por todo el cuerpo. Se puso el albornoz de Connor y fue alicaída hasta el cuarto de baño.

La ducha no mejoró su estado de ánimo.

La mañana había llegado cargada de recriminaciones por lo que había hecho la noche anterior. Se censuró ante el espejo empañado por haberse dejado llevar después de un par de copas de vino. Saber que estaba enamorada de Connor no le sirvió de excusa, sino todo lo contrario. Dejó la toalla en el suelo, sobre la de Connor y se dijo que no estaba dispuesta a ir recogiendo detrás de él como haría una esposa sumisa, dispuesta a recibirlo cuando volviera de los brazos de su última conquista.

Encontró a Connor en el jardín, tendiendo las sábanas de la cama en la que ella se había negado a dormir. Se volvió al oírla.

—¿Qué tal estás? —preguntó, al tiempo que se agachaba para no darse con la cuerda de tender.

—Dolorida —dijo ella sin rodeos, mirándolo a los ojos.

Connor sonrió a modo de disculpa.

—Si hubieras sido sincera respecto a tu nivel de experiencia habría sido más cuidadoso.

—No era virgen.

—Técnicamente no, pero tampoco eres la fulana que finges ser.

—Ahora sí lo soy.

Connor frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir?

—¿Qué número hago? —preguntó ella, airada. El silencio de Connor la intimidó y la empujó a seguir—. ¿Escribes los detalles en un cuaderno, anotando cuánto disfrutaste, si es una relación que te apetece continuar, qué tal cuerpo tenía la mujer correspondiente?

—Si dices esas cosas porque te sientes culpable será mejor que te calles.

—¿Culpable yo? —Jasmine levantó la barbilla—. ¿Y tú?

—No hice nada que tú no quisieras.

—Mientes. Te aprovechaste de que había tomado un par de copas y de que no podía pensar con claridad.

Connor apretó la mandíbula en un gesto que debía haberle advertido que se callara. Pero su orgullo le impidió obedecer a su intuición.

—Desprecio a los hombres como tú, que están dispuestos a cualquier cosa por seducir a una mujer. En tu caso, has sido incluso capaz de casarte.

—Ya has dicho suficiente, Jasmine —dijo Connor, amenazador —. No me utilices de chivo expiatorio. Fuiste tú quien vino a mí.

—¡No quiero seguir contigo ni un minuto más!

—No seas tan melodramática —Connor se impacientó.

—¿Por qué me has traído a este sitio lleno de ratas?

—La semana pasada maté a todas. Y pensaba ocuparme de las telarañas esta misma tarde.

Jasmine lo miró con ojos desorbitados.

—Ya sé que no es un hotel de lujo, pero puede ser un sitio muy agradable —siguió él, conciliador—. Además, nadie vendría a buscarnos aquí, así que estamos a salvo de la prensa.

Jasmine recuperó el habla.

—¿Había ratas? —preguntó, con un escalofrío.

—No demasiadas. ¿Te dan miedo?

—Prefiero las serpientes —Jasmine volvió a estremecerse.

Connor sonrió y tomó el cesto de la ropa.

—Vamos a desayunar antes de dar un paseo por la playa.

Jasmine lo siguió mecánicamente, sin dejar de mirar a su alrededor con expresión alarmada.

Connor le pasó una taza que a ella se le escapó de las manos y se hizo añicos.

—Estás verdaderamente nerviosa ¿no es cierto?

—Estoy perfectamente.

Jasmine fue por la escoba que había usado la noche anterior, pero como la había guardado mal, al abrir el armario cayó al suelo y le dio un susto de muerte. Se subió sobre la mesa de un salto creyendo que se trataba de una rata. Cuando Connor se volvió, vio que estaba pálida y temblorosa.

—Cariño —dijo con dulzura, alargándole una mano—. ¿Te ha asustado esa malvada escoba?

Jasmine le lanzó una mirada furibunda e ignoró la mano tendida hacia ella.

—No se te ocurra reírte de mí.

Connor la miró con cara de inocencia.

—¿Crees que me río de ti?

Jasmine se bajó de la mesa con ojos centelleantes.

—Eres uno de los hombres más irritantes que conozco.

Connor hizo una reverencia.

—A su servicio, señora.

Jasmine dio media vuelta y salió de la cocina a grandes zancadas.

Encontró su ropa en el dormitorio y se fijó en que Connor, además de cambiar las sábanas, había abierto las ventanas para airearlo. Bajó y se marchó por una puerta lateral.

Sólo empezó a recuperar la calma al llegar a la playa. Caminó por la orilla hacia unas rocas que quedaban a unos dos kilómetros de distancia. Al llegar, se sentó en una de ellas y contempló el horizonte. Las olas rompían contra las rocas y se retiraban en un constante murmullo que relajó sus sentidos. Jasmine respiró profundamente. Connor la alteraba, pero en el fondo sabía que no podía culparlo por lo que le hacía sentir. Él tenía razón: la noche anterior había ido a protestar por la cama en parte para que pasara lo que pasó, no prestando atención a la voz interior que le advirtió que acabaría sufriendo.

Fue hasta una cueva de difícil acceso para protegerse de viento y se sentó en el borde del acantilado. En varias ocasiones se frotó lo ojos. No estaba dispuesta a llorar. Ya había llorado bastante en el pasado.

El viento había amainado considerablemente antes de que se decidiera a bajar a la playa y regresar. Caminó por la orilla con la cabeza agachada, pisando sobre las huellas que habían quedado marcadas sobre la arena en el camino de ida. Cuando llegó a las primeras rocas, descubrió nuevas pisadas junto a las suyas. Alzó la vista y vio a Connor. El la esperó.

—Has estado fuera más de tres horas —dijo, cortante, cuando ella llegó a su lado.

—¿Y?

—Deberías haberme dicho dónde ibas.

—¿Por qué?

Connor apretó los dientes.

—Porque es lo que uno hace por pura cortesía.

—No hace falta que interpretes conmigo el papel de marido, muchas gracias —dijo ella, sarcástica.

Connor la miró fijamente.

—¿Has estado llorando? —preguntó, suavizando el tono.

—Me ha entrado arena en los ojos.

Connor aceptó la excusa y caminó a su lado.

—Debes estar hambrienta —dijo al cabo de unos minutos.

—Da lo mismo. Necesito perder algo de peso.

—Yo no estoy de acuerdo. Estás muy delgada.

—Supongo que conoces a mujeres con mejor tipo. Siento haberte desilusionado.

Connor sonrió.

—Si no te conociera pensaría que estás celosa.

Jasmine se paró en seco.

—Lo único que siento por ti es rechazo.

—Anoche no me transmitiste eso.

—Anoche no era yo misma.

—Es verdad. Se me olvidaba que lo que pasó fue una aberración que jamás se repetirá.

—Precisamente.

Llegaron al pie del acantilado. Connor precedió a Jasmine por el sendero hacia lo alto.

Cuando ella lo alcanzó vio que sonreía.

—¿Qué te hace tanta gracia?

—Tú.

—¿Por qué?

—Porque ocultas tus verdaderos sentimientos tras el enfado.

Jasmine fue a pasar de largo.

—No sé a qué te refieres.

Connor la retuvo y la obligó a mirarlo. Jasmine mantuvo una actitud retadora, pero sintió que sus ojos se llenaban de lágrimas.

—Claro que lo sabes —dijo él—. En cuanto alguien se aproxima a ti te proteges tras una coraza de ira. Por eso estás tan enfada

conmigo, porque ayer bajaste tus defensas.

Jasmine evitó su mirada.

—Estoy enfadada porque sí.

—Mírame a los ojos y dímelo.

Jasmine obedeció.

—Estoy enfadada contigo, Connor.

La forma en que pronunció su nombre hizo que la frase, en lugar de sonar como una bofetada, sonara como una caricia.

—Me encanta que te enfades conmigo —dijo él, sonriendo.

Jasmine pestañeó.

—¿Por qué?

—Porque demuestra que sientes algo por mí.

—Yo no…

Connor le cerró los labios con sus dedos índice y pulgar.

—Calla —dijo con dulzura—. Quiero que sigas enfadada, incluso rabiosa —añadió, y le soltó los labios.

—¿Por qué?

Connor se inclinó sobre ella y le dio un beso lleno de intensidad.

—¿Te parece ésta una buena razón?

Jasmine abrió y cerró la boca sin lograr emitir ningún sonido.

—Prefiero interpretar tu silencio como una afirmación —dijo él, y antes de que Jasmine pudiera responder, echó a andar y la dejó contemplando el espacio que acababa de dejar vacío.

Capítulo 9

JASMINE volvió a la casa por el camino más largo. No podía dejar de pensar que Connor había conseguido que confesara algo, pero no sabía exactamente qué.

Entró en la casa del mismo humor que había salido. Al no oír ningún ruido se acercó sigilosamente a la cocina en busca de algo que comer.

Acababa de terminarse un sandwich cuando Connor apareció con una gran escoba.

—He quitado todas las telarañas y me preguntaba si querrías ayudarme en la biblioteca Jasmine lo miró con inquietud.

—¿Haciendo qué?

—Ni ratas ni telarañas, no te preocupes. Necesito ayuda con unos libros.

—¿Libros?

Connor asintió.

—No sé nada, pero tengo la impresión de que alguno de ellos puede ser valioso.

Acababa de convencerla. Jasmine sentía pasión por los libros.

—De acuerdo —dijo, poniéndose en pie. Era consciente de que se había dejado ganar, pero en aquella ocasión no veía en qué podía perjudicarla.

Siguió a Connor hasta la biblioteca. Olía a humedad. Tres de las paredes estaban forradas de estanterías repletas de libros. Frente al ventanal había un escritorio con cubierta de cuero.

Jasmine contempló los lomos de los libros con admiración.

—¡Es increíble! —dijo con ojos brillantes, al tiempo que acariciaba un libro de principios de siglo. Se volvió hacia Connor—. Alguno de estos libros valen una fortuna.

Connor la observó atentamente.

—Estoy seguro de ello —dijo, en tono enigmático.

Jasmine estaba demasiado entusiasmada como para preguntarse qué había querido insinuar.

—Ojalá hubiera sabido que estaban aquí todo este tiempo.

—¿Por qué? —preguntó Connor, a sus espaldas.

Jasmine mantuvo la vista fija en las estanterías.

—Adoro los libros antiguos. Su olor, la idea de que han sido leídos por generaciones enteras…

—se volvió hacia Connor—. ¿Por qué los abandonaría su dueño?

—No lo sé —él fue hacia la puerta—. Te dejo con ellos mientras preparo algo para cenar.

—¿No te importa que me quede?

Connor sacudió la cabeza.

—Claro que no. Yo no leo más que la página de deportes del periódico —confesó.

Jasmine estaba segura de que mentía. De otra manera, no podía haber adivinado que aquellos libros eran valiosos. Pero Connor salió de la habitación y la dejó a solas con aquella fantástica colección de antigüedades.

Una hora y media más tarde, Connor la encontró acurrucada en un sofá, leyendo un libro juvenil.

—¿Es bueno?

Jasmine alzó la vista y sonrió. Era la primera vez que Connor veía una sonrisa franca en su hermoso rostro.

—Adoro este libro.

Connor se sentó a su lado y lo miró de reojo.

—¿De qué trata?

Jasmine lo cerró. De pronto se sentía avergonzada.

—Vamos, cuéntamelo —insistió él.

—Trata de dos chicas que encuentran una entrada en la valla que las separa de la propiedad vecina.

—¿Una aventura de chicas?

—Algo así.

—¿Con final feliz?

Jasmine asintió.

—Muy feliz.

Connor la miró atentamente.

—La cena está lista —dijo, al fin.

Jasmine puso cara de culpabilidad.

—Debería haberte ayudado.

—No te preocupes. María, mi asistenta, me ha enseñado algo de cocina a lo largo de los años

—se puso en pie y se estiró.

Jasmine contempló su magnífico cuerpo, los perfectos abdominales que se percibían a través de la camiseta ceñida, su piel bronceada, los labios voluptuosos, capaces de los besos más apasionados… Se puso en pie y el libro se deslizó al suelo.

—Connor, quería…

—¿Sí? —Connor se quedó paralizado y sus ojos la contemplaron con intensidad—. ¿Qué ibas a decirme —preguntó, al ver que callaba.

Jasmine guardó silencio. Había estado a punto de decirle lo que sentía por él, pero no pudo soportar la idea de mendigar su cariño. Ella quería que la amara, no que la compadeciera.

Lo miró durante unos segundos antes de agacharse para recoger el libro del suelo.

—Nada —dijo, incorporándose—. No tiene importancia.

Connor no la presionó y Jasmine se lo agradeció infinitamente. Él le hacía sentir vulnerable, desnuda, y no estaba acostumbrada a que nadie viera el sentimiento de soledad que escondía tras la máscara que acostumbraba a llevar.

Connor le abrió la puerta y ella pasó de largo con la cabeza gacha. Al llegar a la cocina él sugirió que cenaran en el comedor, donde había preparado la mesa. Y cuando se sentaron, sirvió el estofado de ternera y tomate que había cocinado.

—¿Quieres vino? —dejó la botella junto a la copa de Jasmine.

Sus ojos se encontraron y ella se ruborizó al recordar lo sucedido la noche anterior.

—No, gracias —dijo.

—¡Qué lastima! —bromeó él, mientras se servía una copa.

—¡Está muy bueno! —dijo ella cuando probó la comida.

—Gracias —Connor alzó la copa y bebió.

Jasmine se concentró en la comida para dejar de contemplar a Connor como una adolescente enamorada. Masticó lentamente y cortó cada trozo de carne en trocitos pequeños.

Cuando Connor acabó, observó la exagerada lentitud con la que comía y sonrió.

—Te incomoda mi compañía, ¿no es cierto?

Jasmine puso expresión de indiferencia y lo miró.

—En absoluto.

Connor arqueó una ceja al tiempo que daba un sorbo al vino.

—¿Qué te hace sentir tan amenazada? —preguntó, tras una breve pausa.

Jasmine dejó los cubiertos y se limpió las comisuras de los labios con la servilleta.

—No me resultas amenazador, sino irritante.

—¿Por qué?

—Porque me provocas.

—¿En qué sentido?

Jasmine apretó los labios antes de responder.

—No respetas mi espacio personal.

—¿Quieres decir que me acerco demasiado?

—En exceso.

—¿Qué más?

—No aceptas un no como respuesta.

—Cuando es sincero, sí.

—¿Qué quieres decir?

Connor acarició el borde de la copa sin apartar la vista de Jasmine.

—Puede que tu boca diga no, pero tu cuerpo dice siempre que sí.

—Eso no es cierto.

—¿Y ayer por la noche?

—¿Qué?

—Tú me deseabas tanto como yo a ti.

—Lo de ayer fue un error —replicó Jasmine, ruborizándose.

—Puedes verlo como quieras. Personalmente, creo que nos dejamos llevar por nuestros instintos.

—Lo dices como si uno no pudiera actuar sobre ellos.

—Nosotros no pudimos. Pasó lo que tenía que pasar.

—Porque tú estabas decidido a conseguirlo.

—No —protestó él—. Yo esperé a que tú dieras el primer paso.

—¿Qué quieres decir con el primer paso? ¿Que te miré

fijamente?

Connor sonrió.

—Es evidente que no piensas admitirlo.

—¿El qué?

—Que me deseabas.

—No te deseaba. Tú te aprovechaste de las circunstancias.

—No estás siendo sincera ni conmigo ni contigo misma. ¿Por qué te cuesta tanto admitir que tienes sentimientos?

—¡Porque me haces sentir cosas que no quiero sentir! —prácticamente le gritó.

—¿Por ejemplo?

—Nada —Jasmine se mordió el labio—. No siento nada.

—Dime lo que sientes, Jasmine.

—Siento… Siento que soy otra persona. En general soy dueña de mis emociones —Connor asintió—

Pero cuando estoy contigo… —Jasmine no encontraba las palabras adecuadas.

—¿Qué sientes, Jasmine?

—Siento que pierdo el control —dijo, al fin, alzando la vista hacia Connor.

—¿Y eso por qué te asusta? —preguntó él.

—No me gusta lo impredecible porque no me permite estar preparada para lo que pueda pasar. Y tú me resultas impredecible.

—No tienes por qué protegerte de mí —dijo él, con dulzura—. Sólo tienes que ser tú misma.

—Ya no sé como soy.

—¿Por lo que sucedió con Roy Holden?

—Por eso y por otras cosas —dijo Jasmine, mirándolo furtivamente.

—¿Qué cosas?

Jasmine miró al suelo.

—Cosas de las que no quiero hablar.

Se mordió el labio. Las lágrimas amenazaban con aflorar a sus ojos. Sintió el calor de la mano de Connor sobre la suya, y al levantar la vista, vio que la miraba fijamente.

—¿Por qué no vas al salón mientras recojo los platos? De paso, prepararé el café.

Jasmine le dedicó una sonrisa de agradecimiento y se fue.

Necesitaba contener la emoción que la embargaba y él, una vez más, acababa de anticiparse a sus deseos. El salón estaba caldeado por el fuego que Connor había preparado horas antes y para no pensar en lo que había sucedido allí la noche anterior, se entretuvo ojeando una vieja revista.

Connor llegó al cabo de unos minutos con una bandeja que dejó sobre una mesa, delante del sofá.

—¿Cómo lo quieres? —preguntó.

—Solo, sin azúcar —dijo ella, tomando la taza que él le alargó.

Él se puso dos cucharadas y un poco de leche. Bebieron en silencio. Estaban sentados a unos centímetros el uno del otro y Jasmine descubrió, desconcertada, que estaba pensando en alargar la mano y tocar su firme muslo.

No comprendía qué le sucedía. Estaba decidida a que no se diera ningún tipo de intimidad física entre ellos. Quería poder marcharse con el orgullo intacto el día que se separaran. Y dudaba que Connor quisiera permanecer mucho tiempo casado con ella.

Se sentó sobre las manos para evitar tentaciones, pero el movimiento empeoró las cosas al atraer sobre ella la mirada de Connor.

Jasmine se humedeció los labios y él fijó sus ojos en su boca. Tenía el rostro cubierto por una barba incipiente y ella se preguntó qué sentiría al acariciar su mentón. Hubiera querido trazar con el dedo el perfil de sus labios, deslizarlo por el puente de su nariz, seguir la línea de aquellos ojos que tenían el poder de hacerla estremecer con sólo posarse sobre ella.

Cerró los párpados cuando él se inclinó sobre ella y depositó en sus labios un beso tan ligero como una pluma. Luego él se apoyó en el respaldo del sofá y le retiró un mechón de cabello tras la oreja. Ella lo contempló con mirada implorante. Quería que la besara de nuevo y no comprendía por qué Connor no respondía a su muda súplica.

—Connor —pronunció su nombre como una caricia.

Él apoyó la palma de la mano en su mejilla y la miró fijamente.

—Jasmine, quiero hacerte el amor ahora mismo.

—Lo sé —dijo ella, y saberlo le hizo sentir a un tiempo excitada y aterrorizada.

Connor se incorporó y la ayudó a levantarse. Jasmine tenía la

certeza de que aquello sólo podía acabar en sufrimiento, pero decidió olvidarse de las consecuencias de sus actos.

Él la llevó en silencio al dormitorio. Actuaban como si temieran que cualquier palabra, cualquier movimiento brusco, pudiera romper el campo magnético que parecía envolverlos.

Connor la echó sobre la cama y deslizó la mirada por su cuerpo, deteniéndose en sus senos y en el centro de su pulsante feminidad. Se quitó la camiseta y la tiró al suelo, después, los pantalones y los zapatos y se tumbó junto a ella, clavándola a la cama con la mirada.

Lentamente le retiró la ropa con dedos delicados. Se inclinó sobre ella y la besó con suavidad. Jasmine se impacientó y le mordisqueó el labio. Él la miró con sus profundos ojos oscuros.

—¿Me equivoco o estás impaciente? —dijo, acariciando sus labios con su aliento.

—Te deseo ahora, Connor, en este instante.

—Entonces no te haré esperar.

Alargó la mano, tomó un preservativo y se lo puso antes de echarse sobre ella.

—¿Estás segura? —preguntó, buscando en el rostro de Jasmine cualquier indicio de que hubiera cambiado de opinión—. No quiero que mañana por la mañana me culpes de esto.

—Prometo no hacerlo.

—No estoy seguro —bromeó él, al tiempo que le acariciaba la parte más íntima de su cuerpo—.

Quizá sea mejor dejarlo.

Jasmine se aferró a él.

—Como no me hagas el amor ahora mismo, llamaré a la prensa y les diré que eres un pésimo marido.

Connor sonrió con malicia.

—Adoro que me supliques.

Jasmine iba a decir algo, pero Connor penetró en su anhelante intimidad y todo pensamiento racional abandonó su mente. El gemido de placer de Connor al sentirla contraerse fue como música para sus oídos y saber que la deseaba tanto como ella a él la transportó a un mundo en el que sólo cabían ellos dos.

Connor la besó más profundamente al tiempo que se adentraba en ella. Sus manos la acariciaron sin restos de delicadeza, con la ansiedad del deseo desbocado. Jasmine sintió que todo su cuerpo

ardía, las llamas del placer azotaban su cuerpo como látigos. Se retorció sin poder ejercer ningún control sobre sí misma. El grado de excitación al que Connor la estaba elevando era casi insoportable. Quería estallar, pero Connor la obligaba a seguir escalando por una espiral que no parecía tener fin.

—Por favor… —musitó, clavando las uñas en sus hombros—. Por favor, no puedo…

Connor deslizó la mano entre sus cuerpos, buscó el pequeño montículo donde se concentraba su frenético deseo y lo acarició con delicadeza pero con determinación. Jasmine clavó los dientes en su hombro y fue sacudida por una sucesión de espasmos que la dejaron exhausta, como si hubiera sido volteada por una secuencia de olas gigantes. Sintió a Connor tensarse en su interior, al borde del clímax, con todo su cuerpo a punto de dejar escapar la energía sexual concentrada en su interior.

Connor se dejó llevar con un gemido profundo que se repitió en los oídos de Jasmine como un delicioso y primario grito de triunfo que la hizo sentir viva y llena de pasión por él.

Connor rodó hacia un lado, todavía con la respiración entrecortada.

—Dios mío —se frotó los ojos. Su pecho subía y bajaba al ritmo de su agitada respiración.

Jasmine lo contempló con ojos muy abiertos—. Eres increíble.

—Tú también —dijo ella, con timidez.

—Mírame. Quiero ver tu cara de satisfacción.

—Seguro que la has visto en muchas mujeres.

—Pero prefiero concentrarme en una por vez .Y en este momento ésa eres tú.

—¿Hasta cuándo? —preguntó Jasmine, sin pensarlo.

Hubo un breve silencio.

—Hasta que dure.

Jasmine cerró los ojos para que Connor no viera su turbación. No quería analizar lo que acababa de oír.

—No te preocupes, Jasmine —dijo él—. No pienso obligarte a que te quedes conmigo.

—No me preocupo —dijo ella, crispada—. Ya sé que éste es un acuerdo temporal.

—No tiene por qué serlo.

Jasmine no pudo leer nada en su rostro.

—¿Qué quieres decir?

—Que no tenemos por qué acabar nuestro matrimonio si no queremos.

—Pero… —balbuceó ella—. No puedes querer atarte a mí indefinidamente.

Connor se encogió de hombros.

—Podría ser divertido tener hijos y todo lo demás.

—¡No hablas en serio! —Jasmine se puso en pie de un salto y se tapó con lo primero que encontró.

—¿Por qué no? —los ojos de Connor buscaron los de ella—, ¿Piensas que no sería un buen padre?

Jasmine se quedó con la mirada perdida, imaginándose a Connor inclinado sobre una cuna.

—Claro que sí —dijo, al fin.

—Entonces, ¿cuál es el problema?

—Que no nos amamos.

—La mayoría de los matrimonios no se aman al cabo de unos años, así que no creo que sea un problema.

—Tu cinismo no es muy alentador.

—Tampoco lo es la verdad. Al menos en nuestro caso no sufriremos la desilusión de desenamorarnos.

Jasmine se mordió el labio. Era evidente que Connor no la amaba o habría aprovechado aquella oportunidad para decírselo.

—No creo que un niño deba nacer en una familia en la que el sentimiento dominante es el odio.

—Tú no me odias, Jasmine.

Ella alzó la cara con gesto orgulloso.

—Pareces estar muy seguro.

—Casi por completo.

—Pues deberías saber que lo que siento por ti podría mandarme al infierno.

Connor soltó una carcajada.

—A mí también

Jasmine no pudo evitar sonreír.

—A ti todo te hace gracia.

—No tiene sentido torturarse con sentimientos de culpa. Sólo tenemos una oportunidad y creo que debemos aprovecharla.

—¿Por eso vas de una mujer a otra, en busca de la satisfacción física total?

—Tienes una noción equivocada de mi moralidad. No soy un conquistador en serie, sino alguien muy selectivo.

—¿Debería sentirme halagada?

Connor sonrió con malicia.

—Por supuesto.

Jasmine apartó la vista para resistir la tentación de volver a sus brazos.

—Voy a darme un baño —dijo.

—¿Quieres que te haga compañía?

Ella sacudió la cabeza.

—La bañera no es suficientemente grande.

—Así economizamos espacio —dijo Connor, con ojos chispeantes.

—¿Es que no piensas nunca en otra cosa? —preguntó ella, airada, al tiempo que se ponía el albornoz.

—Cuando tú estás cerca, no —confesó él.

Una oleada de placer recorrió a Jasmine al oír aquellas palabras, pero se dijo que estaban dictadas por el deseo físico, no por el amor.

Hacía frío en el cuarto baño, pero el vapor del agua caliente lo caldeó pronto y Jasmine se sumergió en la bañera con un suspiro de placer. Al enjabonarse recordó las manos de Connor sobre su cuerpo, explorando cada centímetro de su piel, y sintió una contracción de placer en el vientre. Para dejar de pensar en él, se deslizó hacia abajo y metió la cabeza en el agua. Sin embargo, las últimas palabras de Connor se repitieron como un eco en sus oídos. La idea de concebir un hijo en una relación como la de ellos era impensable. No podía dar lugar más que a problemas como los que veía cada día en la clínica.

Salió para tomar aire y descubrió a Connor mirándola.

—¿Por qué no has llamado? —dijo Jasmine, haciendo ademán de cubrirse.

—Lo he hecho, pero no me has oído. De todas formas, no tienes por qué actuar con tanta timidez.

—No estoy acostumbrada a que la gente irrumpa en el baño cuando estoy bañándome.

—Ya te acostumbrarás.

Jasmine lo miró con expresión desaprobadora.

—No respetas el espacio personal.

—Tengo un gran respeto por el tuyo —Connor deslizó un dedo por el agua, paralelo a el muslo de Jasmine. Sin ni siquiera tocarla, consiguió hacerle recordar las caricias de su lengua en el lugar más recóndito de su cuerpo. Connor continuó con voz aterciopelada—. De hecho, estaba pensando en volver a visitarlo.

—No —exclamó Jasmine, pero no pudo protestar más. Connor removió el agua a la altura de sus pechos sin apartar la mirada de sus ojos y Jasmine supo que no tenía sentido resistirse a lo inevitable.

Sin decir nada, hizo sitio a Connor en la bañera. Él entró y, sin darle tiempo a reaccionar, la besó apasionadamente. La cabeza de Jasmine golpeó el borde de la bañera con el ímpetu de su abrazo, pero ella ni lo notó. Con un movimiento decidido, Connor entró en ella y Jasmine lo cobijó gozosa. Galoparon juntos y sus gemidos fueron incrementándose al unísono, hasta que los dos estallaron en un grito de placer desbordado.

El suelo del cuarto de baño parecía una piscina. Connor se echó hacia atrás en la bañera casi vacía y contempló a Jasmine con ojos entornados.

—Mira lo que has hecho —Jasmine le dio con el pie en el pecho.

—¡Qué típico que quieras culparme!

Connor le sujetó el pie y le chupó el dedo gordo.

—Para, me haces cosquillas —se retorció ella, sacudida por una corriente que le recorrió la espalda. Connor se lo chupó con más fuerza.

—Connor, te lo advierto. Si me haces eso no puedo pensar.

—No quiero que pienses —masculló él, soltándole el pie y alargando los brazos hacia ella para que se tumbara sobre él—. Sólo quiero que sientas.

Jasmine sintió la erección de Connor entre sus piernas y ya no pudo pensar racionalmente durante un largo periodo de tiempo.

Jasmine se despertó en medio de la noche y contempló a Connor. Dormía relajado, su pecho se elevaba al ritmo de su respiración pausada. Jasmine suspiró y le acarició el pecho delicadamente. Él masculló algo entre sueños y se giró, llevándose

su mano con él, de manera que Jasmine quedó pegada a su espalda, con sus piernas encajadas contra las de él, absorbiendo el calor de su cuerpo…

A Connor le despertó el murmullo de la voz de Jasmine en su oído. De pronto, percibió su cuerpo tensarse y Jasmine comenzó a gritar. Tenía una pesadilla.

—Jasmine —la sacudió con suavidad—. Cariño, despiértate.

—¡No! —Jasmine rodó la cabeza de un lado a otro—. ¡No!

—Sólo es un sueño, pequeña, una pesadilla —Jasmine abrió los ojos como platos y lo contempló durante unos segundos. Connor le habló con dulzura—. Estabas soñando.

Jasmine se levantó y lo miró con desconfianza.

—Deberías haberme despertado.

—Eso he hecho —dijo él, desconcertado. Jasmine le dio la espalda y se cruzó de brazos.

—¿Qué he dicho?

—No he comprendido ni una palabra.

—¿Estás seguro?

—¿Por qué iba a mentirte? Cariño, sé que compartir cama es una novedad para ti, pero la gente habla en sueños habitualmente y no es ningún drama.

—Para mí sí.

—Pues si temes haber desvelado algún secreto, estáte tranquila. Vuelve a la cama. Hace frío.

—No quiero acostarme.

—Prometo no tocarte —Connor empezó a impacientarse y levantó las sábanas—. Vuelve a la cama antes de que me enfade.

—No me importa que te enfades.

Connor se levantó y fue hasta ella. Jasmine le sostuvo la mirada en medio de la habitación iluminada tan sólo por la luz de la mesilla.

—No estoy de humor para estos juegos —dijo él, crispado.

—Ni yo para los tuyos —dijo ella.

Connor levantó los brazos en el aire en un gesto de desesperación.

—Te juro que no te voy a tocar. Sólo quiero que vuelvas a la cama.

Jasmine sintió una presión en el pecho y antes de que pudiera

controlarlas, dos lágrimas asomaron a sus ojos.

—Cariño —Connor la estrechó entre sus brazos. Jasmine estalló en llanto y él le acarició la cabeza—. Es la primera vez que te veo llorar.

—No acostumbro a hacerlo —dijo ella, entre sollozos.

—Lo sé. Pero me alegra que confíes en mí lo suficiente como para bajar tus defensas.

—No confío en ti.

—Eso crees, pero lo que importa es lo que sientes

—¡No confío en nadie!

—Claro que sí —dijo él, con ternura—, pero no quieres admitirlo.

—Quiero estar sola.

—No es verdad.

—Tú no sabes lo que quiero.

—Te equivocas.

—Te odio.

—No.

—No quiero hablar contigo.

—Pues no hables.

Jasmine lo miró con ojos nublados por las lágrimas.

—¿Por qué eres tan irritante?

Connor sonrió.

—Es mi trabajo.

—Estás despedido.

Connor soltó una carcajada y volvió a cobijarla entre sus brazos.

—Jasmine, me están saliendo arrugas de tanto reírme contigo.

Ella no supo qué decir. Connor tenía la habilidad de desarmarla.

—Ojalá no te hubiera conocido —dijo, sin ninguna convicción.

—Lo sé —él enredó los dedos en su cabello—. Sé a qué te refieres —le hizo alzar el rostro y le dio un delicado beso.

Jasmine suspiró contra sus labios. Resistirse no tenía sentido. Le pertenecería mientras él la deseara y luchar contra sí misma no la conduciría a nada.

Capítulo 10

CUANDO Jasmine se despertó estaba sola en la cama. Los pájaros cantaban en el exterior.

Se desperezó. Estaba cansada y dolorida. Connor había insistido en que un poco de actividad le quitaría el insomnio y había tenido razón. En cuanto hicieron el amor él se quedó dormido. Ella, sin embargo, había tardado algo más y para cuando consiguió dormirse despuntaba el alba. Connor había suspirado y se había girado hacia ella, abrazándola de un solo movimiento y ella había cerrado los ojos y se había preguntado cuántas mañanas quedarían antes de que despertara en él el instinto de aventura.

Los siguientes días transcurrieron de forma similar. Jasmine daba largos paseos mientras él trabajaba en la casa. A veces se unía a ella en el camino de vuelta y pasaba el brazo por sus hombros mientras le contaba anécdotas que le hacían sonreír.

A Jasmine le gustaba verlo trabajar y ayudarlo ocasionalmente. Le admiraba lo habilidoso que era y le gustaba pasarle las herramientas y sentir el roce de sus dedos cuando las tomaba de sus manos.

Por las noches compartían instantes de una pasión que Jasmine nunca hubiera creído posible. Una y otra vez Connor la arrastraba al éxtasis y sus gemidos se mezclaban hasta ser indistintamente de uno o del otro. Jasmine se estremecía con sólo recordar el instante en el que él colapsaba, exhausto, sobre su cuerpo.

El martes llegó antes de lo que hubiera deseado y con él, la conciencia de que perderían su intimidad y volverían a sus respectivas responsabilidades.

Viajaron en silencio y Jasmine se dedicó a pensar cómo podría organizar su vida laboral para seguir atendiendo a sus pacientes y

reservar tiempo para su vida privada.

Cuando llegaron a la casa de Woollahra, Jasmine fue a abrir la puerta mientras Connor sacaba las bolsas del maletero. Antes de que ella metiera la llave en el cerrojo, María, la asistenta, abrió la puerta y la saludó precipitadamente, hablando con un marcado acento que Jasmine no supo identificar.

Connor llegó junto a ella y saludó a la mujer madura, a la que se dirigió en su lengua.

Jasmine lo miró sorprendida y él sonrió.

—Hablo italiano desde que pasé en Sicilia seis meses.

Las presentó y la mujer estrechó la mano de Jasmine con timidez.

—María habla poco inglés —explicó Connor—. Te enseñaré algunas frases pero por el momento, asiente y sonríe.

Jasmine obedeció y la mujer sonrió tímidamente. Connor le dijo algo en italiano y su rostro se iluminó antes de decir unas breves palabras y marcharse.

—¿Qué le has dicho? —preguntó Jasmine.

—Que se tome el día libre.

—¿Por qué?

Los ojos de Connor brillaron.

—Porque quiero tenerte sólo para mí.

Y sin darle tiempo a respirar la besó apasionadamente, apoyándola contra una pared y acariciando sus senos a través de la ropa con manos ansiosas.

Connor era como una droga para ella. Nunca se cansaba de sus besos y lo necesitaba con tanta urgencia que le desabrochó la camisa para acariciarle la piel.

Él separó su boca de la de ella, la tomó en brazos y la subió hasta el dormitorio. Empujó la puerta con el hombro y la llevó hasta la cama, donde la echó antes de terminar de quitarse la camisa que Jasmine le había desabrochado. Sus ojos no abandonaron los de ella y lentamente, agachó la cabeza y metió la lengua en su ombligo. Al tiempo que le quitaba los pantalones fue deslizando sus labios por su vientre, hasta llegar a sus femeninos pliegues y, tras separárselos, adentrarse con su lengua en la húmeda profundidad de su cuerpo. Cuando Jasmine creyó no poder soportar más la voluptuosa excitación que su lengua le proporcionaba,

Connor recorrió el camino inverso y mordisqueó sus pezones. Jasmine se arqueó con cada caricia y cada pellizco, recorrida por una corriente eléctrica que la atravesaba de pies a cabeza.

Alargó la mano y rodeó el sexo de Connor. Primero delicadamente y luego con firmeza fue intensificando la fuerza de la presión que ejercía sobre él, deteniéndose en la parte más sensible de su anatomía hasta que Connor le asió la mano y se la sujetó a la cama, sobre la cabeza, mientras la penetraba con un único empuje acompañado de un gemido de placer.

Jasmine se sintió transportada al paraíso con los movimientos de vaivén que sentía en lo más recóndito de su interior hasta que su cuerpo respondió con una violencia que se manifestó en un hondo grito seguido de gemidos entrecortados y al fin quedó casi desmayada, con la respiración agitada y los brazos rodeando el cuello de Connor como si temiera caerse.

Él esperó a sentirla plenamente satisfecha antes de dejarse arrastrar por una palpitante oleada que lo sacudió hasta lo más profundo de su ser.

Se quedó tumbado, escuchando el dulce sonido de la respiración de Jasmine y se preguntó por qué había tardado tanto en darse cuenta de que la amaba. Había querido engañarse pensando que la deseaba como había deseado a tantas otras mujeres. Pero en aquel instante, al sentir su corazón palpitar junto al suyo y oler la fragancia de su piel, supo que Jasmine era una droga sin la que no podría sobrevivir.

Jasmine se arrebujó entre sus brazos, buscando el calor de su cuerpo. El le acarició el cabello y se preguntó si debía decirle lo que acaba de descubrir. Pero recordó que Jasmine debía enterarse de cosas más urgentes y que lo que debía hacer era estar a su lado cuando su mundo se desvaneciera y necesitara un hombro en el que apoyarse.

Cuando Jasmine llegó a la clínica al día siguiente, le sorprendió la curiosidad que su boda había despertado y pasó gran parte del día contestando con evasivas las preguntas de sus colegas y pacientes.

Llevaba apenas unos minutos en casa cuando sonó el teléfono.

—¡Jasmine, eres una bruja! —exclamó su hermana Sam al otro lado del hilo—. ¡No puedo creer que te hayas casado con Connor!

—Casi nadie se lo cree.

—Creía que te caía mal.

—He cambiado de opinión.

—Eso es lo que pasa con el amor —dijo Sam, animada—. A mí Finn no me gustaba hasta que me dio un beso y…

—¿Qué tal la luna de miel? —le cortó Jasmine.

—Maravillosa —Sam adoptó tono de ensoñación—. Perfecta.

—¡Qué suerte!

—Supongo que Connor no ha tenido tiempo de organizar una luna de miel como Dios manda.

—No.

—Es un hombre genial, Jasmine. Seguro que te hará muy feliz.

—Seguro.

—¿Sigues enfadada con mamá y papá?

—¿Por qué iba a estarlo?

—Tengo entendido que insistieron en que os casarais después de que fueras descubierta en su cama.

—Algo así.

Sam rió.

—No tienes que hacerles caso. Connor no es como lo describen en la prensa.

—Eso espero.

—No ha tenido una vida fácil. Sus padres murieron sin dejarle nada y ha dependido de la caridad de Julián y Harriet hasta que ha hecho fortuna. Ahora es inmensamente rico.

Jasmine frunció el ceño.

—Tenía entendido que su madre le había dejado una herencia.

—No, Finn me lo ha contado hace poco. Y si hubiera dejado algún dinero, se lo habría gastado Harriet. Es una derrochadora.

Jasmine necesitaba reflexionar.

—Sam, tengo que irme.

—Llámame pronto —dijo Sam, animada—. Quiero enseñarte las fotos de la boda, Hay una en la que parece que estés lanzando dardos a Connor con la mirada.

Jasmine colgó y se quedó pensativa.

Connor le había mentido. Había inventado la herencia de su madre y se había aprovechado de la presión a la que sus padres la habían sometido para conseguir que hiciera lo que él quería.

¡Qué orgulloso debía sentirse! Había conseguido la víctima perfecta. Una mujer con fama de casquivana, la hija descarriada de un obispo que había destrozado la carrera de otro hombre.

Había sido un objetivo fácil para sus maquinaciones. Y su victoria había sido completa al conseguir que se enamorara de él, y que la cabeza se le llenara de estúpidos sueños de felicidad conyugal.

Connor giró la llave. Tenía un espantoso dolor de cabeza que se había ido incrementando a medida que el día empeoraba.

Había visto a su padrastro por la mañana para hablar de la herencia de su madre, pero Julián se había limitado a hacer un gesto despectivo con la mano.

—No creerás que queda nada de ese dinero.

Connor se tensó.

—Me lo dejó a mí y estoy aquí para que me lo des.

Julián removió unos papeles que tenía sobre el escritorio.

—Educarte ha supuesto un considerable desembolso de dinero. Y más, teniendo en cuenta la de veces que te hemos tenido que cambiar de colegio.

Connor frunció el ceño.

—¿Quieres decir que no queda nada?

—Tu madre insistió en que recibieras una buena educación y yo he cumplido sus deseos, incluso a pesar de tu constante oposición.

Connor había salido del despacho furioso. No creía la explicación de Julián, pero tampoco tenía sentido amenazarlo con llevarlo ajuicio.

Lo peor era que ya no existía la principal excusa para haberse casado con Jasmine. Y que si ella llegaba a enterarse…

Cerró la puerta y, tras dejar las llaves sobre la mesa de la entrada, se peinó el cabello con los dedos e intentó ignorar el dolor que taladraba sus sienes.

—¿Has tenido un buen día? —preguntó Jasmine con frialdad, apareciendo en la puerta del salón.

—Hola, Jasmine —saludó él. Una nueva punzada de dolor le atravesó la cabeza—. Ni te imaginas el día que he tenido.

—Seguro que no.

Connor la miró fijamente.

—¿Estás bien?

—Por supuesto.

—Tengo un espantoso dolor de cabeza.

—¡Pobrecito!

Connor la interrogó con la mirada.

—¿Te ha disgustado algo o alguien? ¿Has hablado con tus padres?

—No, sólo con mi hermana.

—¿Sam?

Jasmine asintió.

—Finn también me ha llamado. Se ve que lo han pasado en grande —Connor fue hacia la cocina.

Jasmine lo observó en silenció mientras llenaba un vaso de agua y se tomaba un analgésico.

—Me va a estallar la cabeza —dijo él, pasándose una mano por la frente.

—Me da una pena horrible.

Connor se apoyó en un mueble y la miró fijamente.

—No me gusta repetirme, pero ¿estás segura de que estás bien?

—¿Por qué no iba a estarlo? ¿O es que no tienes la conciencia tranquila?

Connor esquivó su mirada y dejó el vaso en el fregadero.

—No sé a qué te refieres, pero estoy seguro de que me lo vas a contar.

Jasmine dejó escapar el aire bruscamente.

—¿Por qué me has mentido sobre la herencia de tu madre? —Connor no dijo nada, pero Jasmine leyó en sus ojos que se sentía culpable—. Me dijiste que tenías que casarte para conseguirla.

—Ya lo sé.

—Y no hay ninguna herencia.

—Ya no.

—¡Y nunca la ha habido! Me mentiste para que hiciera lo que tú querías. Debía haberme dado cuenta antes de… —Jasmine se mordió el labio. Había estado a punto de declararse.

—Jasmine, estás llegando a conclusiones erróneas y cuando te explique la verdad…

—No quiero que me expliques nada. Quiero saber la verdad y tú sólo sabes mentir.

Connor dio un puñetazo a una mesa.

—¿Vas a dejarme hablar o no?

—¿Acaso crees que me interesa la historia que estás inventando a medida que hablamos?

—No estoy inventándome nada —Connor se pasó la mano por el cabello en un gesto de frustración—. Pensaba contártelo cuando fuera oportuno, pero acabo de…

—¿Oportuno? —Jasmine lo fulminó con la mirada—. Debías habérmelo contado antes de que fuera lo bastante estúpida como para firmar el certificado de matrimonio.

Connor necesitaba tiempo para pensar. Jasmine tenía derecho a estar enfadada, pero no podría hablar con ella hasta que se calmara. La miró fijamente.

—Tengo un espantoso dolor de cabeza y no me merezco esta escena.

—Pues no haber venido —dijo ella, con amargura—. Ve a refugiarte en los brazos de alguna de tus amantes.

Los ojos de Connor brillaron con una emoción que Jasmine desconocía.

—¡Tienes razón! —dijo, con voz áspera—. Y eso es exactamente lo que voy a hacer.

Capítulo 11

JASMINE se quedó mirando la espalda de Connor y dio un respingo cuando éste dio un portazo. Su comportamiento y su expresión de culpabilidad le habían servido de confesión.

Connor no volvió en los días siguientes y Jasmine actuó con la mayor naturalidad posible bajo la atenta mirada de María.

Al tercer día, tras volver del trabajo, tomó una decisión. Llamó a la clínica para decir que se iba a tomar unos días libres, metió algo de ropa en una bolsa y fue al coche que Connor guardaba en el garaje.

Aunque había un tráfico denso, llegó a la casa de la costa antes del anochecer. Estaba fría y oscura, pero a Jasmine no le importó. Encendió una cerilla y la acercó al fuego que Connor había dejado listo para su siguiente visita.

En cuanto contempló las llamas recordó los momentos que habían pasado juntos frente a la chimenea y creyó poder sentir el roce de sus manos sobre su piel. Respiró hondo al tiempo que atizaba el fuego y se decía que tendría que acostumbrarse a vivir sin él.

Cuando despertó, hacía un día tan nublado como estaba su ánimo y cada crujido de la casa parecía preguntar por Connor.

Fue a dar un enérgico paseo por la playa. Olas enormes rompían con fuerza en la orilla, dejando una estela de densa espuma. Hacía un aire fresco y húmedo, y las gaviotas emitían estridentes graznidos que repetían el silencioso llanto del corazón de Jasmine, que se resistía a aceptar el futuro de soledad que la esperaba.

Al volver a casa, comió algo con desgana. Todo le recordaba a Connor. Veía su sonrisa en el reflejo de los cristales, saboreaba sus labios en la brisa de la tarde, sentía su presencia en la cama.

Un ruido la despertó en mitad de la noche, pero no era más que el roce de las ramas de los árboles contra las ventanas. Jasmine contempló los juegos de luces y sombras que proyectaba la luna y se dijo que no conseguiría conciliar el sueño. Se puso el albornoz y bajó a la biblioteca en busca de algo para leer.

El suelo crujió bajo sus pies y Jasmine imaginó que los libros la miraban con expresión acusadora por haber perturbado su silencio. Encendió la luz del escritorio y sacudió la cabeza, pero siguió teniendo la sensación de ser observada.

Tomó un libro al azar. Se trataba de una Biblia antigua, con lomos dorados. Jasmine se sentó en una silla y comenzó a pasar las hojas amarillentas. Una fotografía se deslizó al suelo. Jasmine la levantó y, cuando le dio la vuelta, se quedó paralizada.

Era una fotografía de ella.

La conocía perfectamente. Era idéntica a una que su madre guardaba en el álbum de familia. Tenía unos meses y gateaba en el jardín.

¿Cómo habría llegado hasta aquella Biblia? Una tormenta de preguntas se agolpó en su mente.

Tomó de nuevo la Biblia y siguió pasando hojas. Entre las páginas de Ruth apareció otra fotografía, y otra en Proverbios, y una más en el Nuevo Testamento.

Dejó la Biblia y estudió la colección de fotografías con manos temblorosas.

Al cabo de unos segundos, se puso en pie de un salto y comenzó a sacar libros de los estantes y a ojearlos al azar.

En una edición de Grandes Esperanzas encontró un mechón de cabello. Se quedó mirándolo fijamente a la vez que su mente vagaba por distintos caminos sin encontrar destino.

Dejó el mechón a un lado y dirigió su vista hacia los estantes más altos. Sólo uno de los libros no tenía el lomo dorado, y fue ése el que eligió. Se trataba de un diario.

Se sentó en el polvoriento sofá y mientras respiraba profundamente lo abrió en la primera hoja. Estaba dirigida a Dios:

La he visto esta mañana.

Pasó por casa camino de la playa. Hubiera querido llamarla, pero ya sabes que perdí el derecho a ello hace años. Al menos tengo sus fotografías. ¡Se parece tanto a mí! Supongo que eso le resulta

muy irritante a tu ferviente discípulo.

Espero que cuides de ella cuando me marche. Es mi único orgullo en esta vida. Hubiera querido quedarme con ella, pero me dijeron que tú lo censurarías.

Yo, sin embargo, no estoy tan segura…

Jasmine se quedó en la oscuridad, asiendo con fuerza el diario. Leyó otras hojas por si encontraba la identidad de quien los escribía o de aquél al que se refería como «discípulo».

Tuvo la certeza de que ya no podía postergarlo más. Las sombras que tanto tiempo habían poblado su mente debían quedar desveladas. Debía saber la verdad por muy dolorosa que fuera.

Tenía que visitar a sus padres y preguntarles. Sólo ellos podían saber quién era aquella desconocida que parecía tan interesada en ella.

Su madre abrió la puerta a la mañana siguiente.

—¡Jasmine! —dijo, llevándose las manos a la cabeza en un gesto que su hija conocía como de nerviosismo.

—Hola, mamá.

—No tienes que llamar a la puerta. Que te hayas casado no quiere decir que no seas nuestra hija.

Jasmine tuvo la excusa perfecta para decir lo que quería.

—Pero no lo soy, ¿verdad?

Francés Byrne palideció.

—Cariño, no sé de qué estás hablando. ¿Va todo bien con Connor?

—No he venido a hablar de eso, sino de esto —Jasmine le alargó las fotografías.

Francés las tomó con manos temblorosas y las miró una a una mientras su rostro se contraía. Tras un largo silencio, se las devolvió.

—¿Dónde las has encontrado? —preguntó, evitando mirar a Jasmine a los ojos.

—¿No te lo imaginas?

Francés se mordió el labio inferior.

—Cariño, a tu padre le va a dar mucha pena no verte, y yo me tengo que preparar para ir a la iglesia, así que…

—Quiero saber la verdad.

—Cariño… —su madre movió las manos en el aire—. No puedo

soportar que me hables en ese tono.

—No pienso marcharme hasta que me digas la verdad —dijo Jasmine, implacable—. Si no, tendré que ir a la reunión de sínodo y preguntárselo a mi padre.

—¡Por Dios, no digas eso!

—¿Por qué no? Después de todo es mi padre. ¿O no?

En aquel instante, oyó la voz de Elias.

—Déjame a mí, Francés.

Jasmine se volvió y lo vio en el umbral de la puerta.

—Quiero saber la verdad —dijo, irguiéndose para no ser intimidada.

—Te la hemos dicho desde pequeña, pero tú siempre has sido demasiado rebelde como para aceptarla.

—No me refiero a la verdad religiosa, gracias. No he venido a que me des un sermón —dijo Jasmine con frialdad—. Quiero que me expliques qué hacían estas fotografías en una Biblia de una vieja casa en Pelican Head.

Sus padres intercambiaron una mirada. Elias palideció y Francés se llevó la mano al collar de perlas que adornaba su cuello.

Tras un tenso silencio, Elias se cuadró de hombros y la miró fijamente a los ojos.

—De acuerdo —hizo como que no oía a Francés contener el aliento—. Te diré la verdad, pero no debe salir de esta habitación.

Jasmine odiaba hacer promesas a ciegas, pero estaba ansiosa por oír lo que Elias iba a decirle. Asintió con la cabeza. Sentía una punzada en la boca del estómago.

—Es verdad que no eres nuestra hija biológica —dijo su padre, pasándose los dedos por el cabello—. Te adoptamos cuando tenías seis semanas.

Jasmine los miró en silencio.

—Pensábamos decírtelo, pero cuando Samantha nació, os parecíais tanto que decidimos guardar el secreto. Ahora sois muy distintas, pero…

—Siento no haber salido como querías —dijo Jasmine con amargura.

Su padre frunció el ceño.

—Tu tendencia a precipitarte es una de esas diferencias. También era un característica de tu madre y, como a ti, la metió en

más de un problema.

—¿Quién era mi madre?

Elias y Francés volvieron a intercambiar una mirada.

—Una drogadicta rebelde que se quedó embarazada. Te dio en adopción y desapareció. Hace tiempo nos dijeron que había muerto.

Jasmine tuvo la sensación de que la habitación daba vueltas.

—¿Y mi padre? —consiguió preguntar.

—Nunca lo supimos. Tu madre no nos lo dijo —Jasmine asimiló la información en silencio. Su padre continuó—. Respecto a las fotografías, debe tratarse de una coincidencia.

—¡Una coincidencia! —exclamó Jasmine, indignada.

—Nunca has tenido fe en los milagros —señaló Elias—. ¿Se te ocurre alguna explicación, Francés?

La aludida sacudió la cabeza. Tenía los ojos llenos de lágrimas.

Jasmine sacó el diario del bolso y se lo pasó.

—¿Qué es esto? —preguntó Elias con desconfianza.

—Un diario.

—¿De quién? —preguntó él, pasando las hojas con urgencia.

—Pensaba que tú lo sabrías.

Jasmine vio que su padre tragaba saliva y creyó haber encontrado al anónimo «discípulo».

Elias le devolvió el diario sin mirarla a los ojos.

—Quizá no lo comprendas, pero si no te dijimos nada fue con la mejor de las intenciones. Tu madre no podía ser salvada. Y por aquel entonces Francés acababa de tener un aborto y estaba deprimida. Tu llegada fue una alegría y en aquellos primeros años nos proporcionaste una gran felicidad.

«Pero no los siguientes», concluyó Jasmine por él mentalmente.

—Cariño, no hace falta que nadie más sepa esto —intervino Francés—. Tus hermanas se llevarían un disgusto espantoso.

—¿Y yo? —los ojos de Jasmine se llenaron de lágrimas—. ¿No tengo yo derecho a disgustarme?

—Dadas las circunstancias es comprensible, pero… —comenzó su padre.

—A ti te da lo mismo porque no soy tu hija. ¿No comprendes lo que siento?

—Por supuesto —dijo Francés—, pero debes entender que no ha sido fácil. Tu padre y yo…

—¡No tenéis derecho a llamaros así! —gritó Jasmine—. No sois mis padres.

—Cariño, por favor…

—Jasmine, contrólate. Eres una mujer casada, no una adolescente. Vete a casa junto a tu marido y agradece la vida que has tenido. Ha sido mucho mejor que la que tu madre biológica hubiera podido ofrecerte.

Jasmine abrió la puerta de par en par y se marchó dando un portazo. Subió al coche y arrancó con un chirrido de las ruedas que estuvo segura irritaría a su padre… adoptivo.

Condujo sin rumbo fijo, sin saber dónde ir. De pronto recordó que Connor había dicho en tono enigmático que alguno de los libros podía ser especialmente valioso, y se preguntó qué podía saber él o si habría encontrado las fotografías antes que ella y tendría información sobre lo ocurrido tantos años atrás.

Tomó un desvío y se encaminó hacia Woollahra, decidida a interrogarlo. Al llegar, vio el coche de Connor en el garaje y respiró hondo. Apenas había metido la llave en el cerrojo, cuando la puerta se abrió y Connor apareció ante sus ojos.

—Jasmine, necesito hablar contigo.

Jasmine pasó de largo. No quería retomar la conversación que habían dejado inconclusa unos días antes. Le preocupaban otras cosas con mucha más urgencia.

—Quiero disculparme.

A oír aquellas palabras, Jasmine volvió la cabeza y se preguntó si Connor quería pedir perdón por haberla mentido respecto a la herencia de su madre o por haberse marchado como lo hizo.

Connor se pasó la mano por el cabello. Parecía agobiado.

—El otro día reaccioné mal. Tenía un dolor de cabeza espantoso y me molestó que mencionaras la herencia de mi madre.

—Me has mentido.

—No. Tienes que dejar que te explique la verdad.

—Inténtalo —Jasmine hizo un gesto teatral con la mano—. Después de lo que he oído hoy, podría creer cualquier cosa.

—¿Qué has oído?

—Da lo mismo. ¿Por qué me mentiste respecto a la herencia

—Hasta hace unos días no sabía que no la había

—Jasmine no estaba segura de querer creerlo, pero Connor

sonaba genuinamente sincero. Él continuó—: Pero quiero que sepas que, aunque lo hubiera sabido, te habría pedido que te casaras conmigo.

—¿Por qué?

—Porque quiero sentar la cabeza.

—¿Por qué? No soy la mujer ideal.

—Yo tampoco el hombre perfecto.

—Pero yo ni siquiera soy quien tú crees.

—Ya sé que no eres la chica rebelde de la que habla todo el mundo.

—No me refiero a eso —Jasmine le dirigió una mirada furtiva—. No soy hija de un obispo.

Connor la miró fijamente.

—¿Y de quién eres hija?

Jasmine agachó la mirada.

—No lo sé.

Jasmine oyó ruido de cristal y dedujo que Connor se servía una copa.

—¿Quieres decir que Francés y Elias no te lo han dicho?

—No.

—¿Y tus hermanas saben algo?

Jasmine sacudió la cabeza.

—No sé qué hacer —se oyó confesar a sí misma—. Siempre había sospechado que había algo raro, pero nunca conseguí averiguar de qué se trataba.

—Debían habértelo dicho.

Jasmine se mordió el labio y trató de imaginarse el dilema de sus padres.

—Ellos hicieron lo que creyeron mejor para mí.

—Eres muy generosa.

—No dirías lo mismo si hubieras oído lo que les he dicho hace unas horas.

—Es lógico. Ha debido ser una noticia devastadora

Jasmine se dejó caer en el sofá más próximo.

—Me siento como si fuera una extraterrestre.

—Si te sirve de consuelo, ni tienes la piel verde ni te han salido antenas.

Jasmine sonrió a su pesar.

—Siempre bromeando…

—Pero no tiene ninguna gracia, ¿verdad?

Jasmine lo miró a los ojos.

—No.

—¿Qué vas a hacer?

Jasmine frunció el ceño.

—¿Qué puedo hacer?

Connor dejó la copa y se cruzó de brazos.

—Para empezar, debías ir a hablar con Roy Holden.

—¿Roy Holden? —Jasmine lo miró con sorpresa—. ¿Qué tiene que ver él en todo esto?

Connor la miró fijamente antes de contestar:

—Roy Holden es tu padre.

Capítulo 12

JASMINE creyó que iba a desmayarse. —¡Mi padre! —exclamó, perpleja Connor asintió.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo descubrí hace tiempo.

—No puedo creerlo —Jasmine sacudió la cabeza con incredulidad—. No puedo creerlo —Connor se sentó junto a ella—. ¿Él lo sabe?

Connor asintió.

—Sí.

Jasmine se cubrió el rostro con las manos. Connor le acarició el cabello.

—Por eso sentía que me unía a él algo especial —Jasmine miró a Connor con ojos llorosos—.

¿Sabes quién es mi madre?

—Sí.

Jasmine apretó los puños.

—¿Quién?

—Vanessa Byrne, tu tía —dijo Connor, mirándola fijamente.

Jasmine abrió la boca atónita.

—¿Mi tía?

—Parece ser que era un poco rebelde y tu familia la desheredó. Su hermano, Elias, le prohibió la entrada en la casa familiar. Cuando se quedó embarazada la obligaron a darte en adopción.

Jasmine lo miró con expresión de sufrimiento.

—He encontrado algunas fotografías en una Biblia —rebuscó en su bolso y se las dio.

Connor las miró si prestarles atención y Jasmine pensó que no era la primera vez que las veía.

—No parece extrañarte.

Connor la miró.

—No.

—Tú sabías que mi tía vivía en esa casa, ¿no es cierto?

Connor asintió en silencio.

—También he encontrado un diario. ¿Tienes idea de quién le dio las fotografías y el mechón de cabello?

—Tengo una intuición.

—¿Y me la vas a decir?

—Debes averiguarlo por ti misma.

—Mi madre me estuvo observando durante todos esos años sin que yo lo supiera.—comentó Jasmine después de una larga pausa, mirando al vacío.

—Así es. No te equivocabas al sentir que alguien te miraba desde la casa.

—Es increíble. Esta misma mañana me he dado cuenta de que nunca he visto una fotografía de mi madre.

—No me extraña. Eres idéntica a ella cuando era joven. Supongo que tus padres no querían que sospecharas. Roy Holden pensó que no era más que una coincidencia, pero al final se dio cuenta de quién eras. Aun así, no pudo hacer nada. Estaba casado y tenía un hijo. Después del escándalo, se dio cuenta de que revelar la verdad sólo contribuiría a empeorar las cosas.

Jasmine se miró las manos y recordó el escándalo que había marcado su vida. ¡Y su profesor favorito, que no había hecho nada más que escuchar a una joven necesitada de atención, era en realidad su padre!

Cuando otro profesor del colegio los encontró una tarde, corrió a contarle al director que Jasmine Byrne estaba en brazos de Roy Holden. La realidad era muy distinta: Jasmine estaba en el despacho de Roy para comentar una redacción y de pronto se había echado a llorar al recordar una discusión que había tenido aquella mañana con sus padres. Él se había limitado a escucharla atentamente y a apretarle la mano afectuosamente.

Al abrirse la puerta, se habían separado de un salto, como si hubieran estado haciendo algo malo. Y para la hora de comer, su supuesto romance era un rumor imparable que incluía sorprendentes y tórridos detalles. Cuando alcanzó los titulares de

los periódicos, Jasmine quedó marcada para siempre. Dejó el colegio y desde entonces siempre se había sentido culpable del daño que había causado a Roy Holden.

—¿Lo sabe su mujer?

—No. Roy no quería comprometeros ni a ti ni a tus padres. ¿Qué piensas hacer?

Jasmine miró a Connor con ojos muy abiertos.

—¿Qué quieres decir?

—Ahora que sabes la verdad puedes tomar algunas decisiones.

—¿Por ejemplo?

—Por ejemplo, ir a hablar con Roy Holden. O preguntarles a Francés y a Elias por tu madre.

—¿Y mis hermanas?

—¿Qué ocurre con ellas? También deben saber la verdad. Puede que las haga mejores personas. De todas formas, la única que se porta bien contigo es Sam

—Tienes razón —dijo Jasmine con tristeza.

Connor se puso en pie.

—Pareces cansada. Deberías irte a la cama —Jasmine desvió la mirada. Quería hacerle muchas preguntas y averiguar por qué sabía tanto de su familia, pero no sabía por dónde empezar—. Yo dormiré en la habitación de invitados —añadió Connor.

—Lo comprendo —dijo Jasmine. Y fue hacia la puerta.

—¿Jasmine?

Ella se volvió.

—Sé que todo esto es muy difícil para ti, pero tenemos que discutir algunos asuntos.

—¿Por ejemplo?

—Nuestro matrimonio.

—¿Dónde has pasado los últimos días? —Jasmine lo miró intensamente.

—Con una amiga, pero…

Los ojos de Jasmine se enfriaron.

—Nuestro matrimonio no tiene futuro, Connor.

Él pareció ir a protestar, pero cambió de idea.

—Está bien —dijo.

—Me voy a la cama —Jasmine salió a toda prisa para que Connor no viera sus ojos humedecidos—. Buenas noches.

Connor no respondió, pero Jasmine sintió su mirada clavada en su espalda mientras subía al piso superior.

La semana siguiente pasó en una nebulosa que alcanzó su momento crítico cuando Jasmine volvió a hablar con Elias y Francés y al negarle éstos alguna fotografía de su madre, los amenazó con ir a contarlo todo a la prensa.

Elias no dudó que cumpliría su amenaza.

—Siempre supe que nos causarías problemas —dijo, entre dientes.

—¡Elias! —lo amonestó Francés.

Él se volvió hacia Jasmine.

—Vas por el mismo camino que tu madre. Yo hice todo lo que pude por salvarla, pero se negó a escucharme.

—Al menos ella no era una hipócrita.

—No tienes ni idea de lo que le hizo a mi familia. Su escandaloso comportamiento destrozó a mis padres y a mis abuelos.

—Elias, por favor —dijo Francés, con voz quebradiza—. Vanessa no era tan mala.

Él la reprobó con la mirada, pero Francés, extrañamente, no se amilanó.

—Tú siempre fuiste demasiado severo con ella. No era un ángel, pero tampoco era el demonio.

—Tú le mandaste las fotografías, ¿verdad? —preguntó Elias, con expresión acusadora.

—Sí —dijo ella, desafiante—. Tenía derecho a ver a la niña. También conseguí la casa a la que Jasmine solía ir, para que Vanessa tuviera ocasión de verla aunque sólo fuera a distancia.

—¡Desobedeciste mis órdenes! ¡Incumpliste tu obediencia de esposa!

—Por Dios, Elias —Francés se puso en pie— Tenía que curar la herida antes de que muriera —se volvió a Jasmine con dulzura en el rostro—. Cariño, tu madre te quiso mucho —Jasmine apenas veía a través de las lágrimas—. Nunca consiguió librarse de la adicción a las drogas. Pensó que serías más feliz con nosotros, pero tal vez… —la emoción impidió continuar a Francés.

—No te preocupes —Jasmine le acarició la mano—. Lo comprendo.

—Era el deseo de Dios —dijo Elias con solemnidad.

—Por Dios, cállate —exclamó Francés.

Jasmine no pudo evitar sonreír ante la expresión de incredulidad de su padre adoptivo al oír a Francés darle una orden por primera vez en su vida. Hubiera querido presenciar más instantes como aquél, pero tenía asuntos que resolver.

—Tengo que marcharme. Debo hablar con Connor.

Se marchó después de darles un incómodo abrazo. Sabía que tenía que pasar tiempo antes de que las heridas cicatrizaran, si es que alguna vez lo hacían. Pero con aquella despedida sintió que sentaba las bases de una reconciliación.

Al llegar a casa y no encontrar a Connor se sintió abatida. Pensó en preguntarle a María, pero decidió que sólo conseguiría confundirse y confundirla. Al cabo de un par de horas tuvo una súbita idea. Tomó las llaves del coche, preparó una bolsa de viaje y fue al garaje.

Era viernes por la tarde, pero lo peor del tráfico ya había pasado. Cerca de las nueve llegó a la casa de la costa y aparcó detrás del Maserati de Connor.

Corrió hacia la entrada con la incertidumbre de no saber muy bien qué hacer ni qué decir.

Connor abrió la puerta y la contempló con el ceño fruncido.

—¿Qué te trae por aquí tan tarde, Jasmine?

Jasmine pasó dentro. Tenía que evitar sentirse intimidada por la frialdad de su tono.

—Quería hacerte unas preguntas. Creo que es lo mínimo que me debes —dijo. Y lo miró fijamente.

Connor se sirvió un coñac y bebió en silencio sin apartar la mirada de ella. Jasmine no sabía cómo interpretar su actitud.

—Quiero que me expliques por qué sabías que Roy Holden era mi padre.

Connor bebió otro trago antes de contestar.

—Me lo dijo tu madre, Vanessa Byme

Jasmine lo miró con ojos muy abiertos.

—¿La conociste?

—Hará unos tres años.

—¿Dónde?

—En casa de Berryl Hopper.

A Jasmine le flaquearon las piernas y se sentó en un sofá.

—Yo estaba pasando por un mal momento —continuó Connor—. Como otras veces, fui a casa de Berryl. Vanessa estaba allí y charlamos. No recuerdo cómo hicimos la conexión, pero creo que mencioné a Sam y a Finn. En cuanto oyó el nombre Byrne, me contó su historia y que había dado a su hija en adopción. No me costó mucho adivinar a cuál de las hermanas Byrne se refería.

—¿Por qué no me lo contaste?

—No me pareció oportuno —Connor la miró con solemnidad—. Cuando te conocí en la fiesta de pedida de mano de Sam y Finn, me sentí atraído por ti. Vanessa había muerto unos meses antes, y deseé conocerte mejor. Pero me di cuenta de que iba a ser una empresa difícil. Hasta que amanecimos en la misma cama.

—Y entonces decidiste obligarme a casarme contigo.

Connor la miró fijamente.

—Ni la herencia de mi madre ni Vanessa eran las únicas razones para pedirte que te casaras conmigo.

—¿De verdad? —dijo Jasmine, sarcástica—. Supongo que el tercer elemento fue la novedad de que no cayera rendida a tus pies.

—Es cierto que eso fue una novedad —admitió él, con una picara sonrisa.

—¿Cómo has podido mentirme? —preguntó Jasmine, con los ojos arrasados en lágrimas.

—No me correspondía a mí decirte la verdad.

Jasmine intentó controlar las lágrimas.

—¿Por eso mencionabas a menudo lo distinta que era a mi familia?

—He estado a punto de decírtelo muchas veces. Me parecía injusto que te torturaras por ser diferente, pero pensaba que debías averiguarlo por ti misma.

—Creo que siempre lo he sabido —confesó Jasmine—, pero no podía aceptarlo.

—Vanessa estaba muy orgullosa de que trabajaras en la clínica y ayudaras a la gente a superar la adicción que arruinó su vida.

Jasmine frunció el ceño.

—¿Y tú eres el dueño de la casa de la costa?

Connor asintió.

—La compré hace dos años.

—¿Y se la alquilaste a ella?

—No.

—¿Se la dejaste?

Connor miró en otra dirección.

—Vanessa necesitaba que alguien le echara una mano. En Pelican Head encontró la paz que tanto ansiaba.

Jasmine no sabía qué pensar. Le desconcertaba que Connor llevara todos aquellos años vinculado a su vida sin que ella lo supiera.

—Jasmine —Connor dio un paso hacia ella—. Debes saber algo más.

Ella contuvo la respiración.

—La mujer con la que he pasado estos últimos días era Beryl Hopper. Siento haberte dejado pensar lo peor, pero acababa de enterarme de lo de la herencia de mi madre y no podía poner mis ideas en orden.

Jasmine calló por temor a echarse a llorar. —No estoy orgulloso de mi pasado —continuó Connor—, pero quiero que sepas que sentí algo especial por ti desde el primer momento que te vi.

Estaba tan desconcertado que sólo sabía mostrarlo tras una imagen frívola. Pero en cuanto me miraste en la iglesia supe que debía casarme contigo. Y cuando apareciste en mi cama, en lugar de despertarte y advertirte de tu error, no pude evitar aprovecharme de la situación.

Jasmine no daba crédito a sus oídos. Connor sonrió.

—Pero te juro que no avisé al fotógrafo, ni calculé cuál sería la reacción de tu familia ni de la mía. Y cuando surgió la presión para que nos casáramos pensé que con un poco de suerte llegarías a enamorarte de mí. Sé que he pecado de arrogancia, pero estaba desesperado.

—¿Estás diciendo lo que creo que estás diciendo? —preguntó Jasmine.

—¿Qué crees que estoy diciendo?

—Lo que yo deseo decir desde hace un montón de tiempo.

Connor la miró con ojos chispeantes.

—¿Y qué es?

—Te amo.

Connor la abrazó y apoyó la mejilla en su cabello.

—No puedo creer que esas palabras hayan salido de tu boca.

—Ni yo que las haya dicho.

Connor la miró con ternura.

—¿Lo sientes de verdad?

Jasmine dibujó una cruz con el dedo sobre el corazón.

—Te lo juro por Dios.

—¿Desde cuándo crees en Él? —dijo Connor, con sorna.

—He decidido reflexionar —dijo ella, y alzó la cara para que Connor la besara.

Él plantó un beso firme en sus labios.

—Gracias a Dios —y la estrechó en sus brazos una vez más—. Te amo, Jasmine

Epílogo

CONNOR dejó la brocha y se volvió al oír que Jasmine subía las escaleras del porche. —¿Has acabado? —preguntó ella, sonriente.

—Sí. Justo a tiempo de cruzarte el umbral en brazos.

—¡Peso demasiado! —protestó Jasmine al tiempo que él la levantaba.

—¿Y de quién es la culpa? —preguntó Connor con malicia.

—Tuya, toda tuya —Jasmine posó la mano sobre su abultado vientre.

Connor la besó delicadamente y la dejó en el suelo.

—¿Qué tal te encuentras?

—Muy bien —Jasmine apoyó las manos en el pecho de Connor y sonrió—. Pero estoy un poco nerviosa por lo que pueda pasar mañana.

—No te preocupes, cariño —la tranquilizó él—. Roy me ha prometido que su mujer se lo ha tomado muy bien. Aunque le cuesta pensar en él como en un abuelo.

Connor había organizado una reunión familiar de Navidad en Pelican Head con Elias, Francés, Roy Holden y su mujer, Leanne. A Jasmine le había conmovido que se esforzara tanto en relajar la tensión que había dominado las relaciones entre ellos durante los últimos meses.

—Espero que el bebé no decida nacer antes de tiempo —dijo Jasmine, al sentir una pequeña contracción, parecida a las que llevaba sintiendo toda la mañana.

—No lo esperamos hasta Año Nuevo.

—Ya, pero los bebés a veces tienen ideas propias.

—Como sus madres.

—Y sus padres.

—Sí y por eso me adoras.

—Y tú a mí —Jasmine se acurrucó en los brazos de Connor y aspiró el aroma de su piel.

De pronto sintió una contracción más fuerte que las anteriores.

—¿Connor, crees que nuestros invitados se enfadarán si no estamos cuando lleguen?

Connor la miró fijamente.

—¿Qué quieres decir?

Jasmine le tomó una mano y la posó sobre su vientre.

—¿Ha llegado la hora? —preguntó Connor, nervioso.

—Creo que sí

—¿Y qué vamos a hacer con el pavo?

Jasmine dejó escapar una carcajada.

—Creo que tu bebé quiere celebrar las navidades con nosotros.

—Bueno —Connor sacó las llaves del coche y tomó a Jasmine del brazo—. Vamos a buscar un pesebre —le dio con el dedo en la punta de la nariz—. Y necesitamos tres reyes magos y una estrella muy brillante.

Jasmine no pudo contener la risa.

—Connor, eres un irreverente.

—Lo sé —Connor le guiñó un ojo—. Pero me encanta verte sonreír.

—¿Por qué?

—Porque es como estar en el paraíso —dijo él, y la besó.

Elias y Francés llegaron a la casa al mismo tiempo que Roy Holden y su mujer. Juntos fueron a la puerta principal y encontraron una nota escrita precipitadamente.

Jennifer Vanessa Harrowsmith nació el día de Navidad a las cinco de la tarde. La madre y la niña se encuentran bien. Por favor, tomad champán y picad algo. Ah, y disculpadnos con el pavo.

Se nos olvidó decirle que este año no lo necesitaríamos.

FIN